



CONFIÉSAMO
SIN PALABRAS

PATRICIA
GELLER

«No quería perderte. Y callé.»

zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Nota de la autora

Agradecimientos

Prólogo

1. Se acerca el día

2. No era mi prototipo

3. Todo es como ayer... pero nada es igual

4. ¿Lobo con piel de cordero?

5. La noche más larga

6. Una noche tonta

7. A veinticuatro horas

8. Una historia real

9. ¿Merece la pena?

10. Momentos que no volverán

11. En la piel de Héctor Muñoz

Epílogo

Enamórate de las tres historias...

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Carolina Sanz siempre ha sido una chica con las ideas claras y segura de sí misma, hasta que Héctor Muñoz llega a su vida. Los hombres como él jamás habían sido su tipo, sin embargo, su insolencia y su desparpajo terminan por conquistarla. Y cuando están a punto de dar un paso decisivo en la relación, un secreto del empresario la pone en peligro.

Ambos son conscientes del dolor que supondría estar separados, pero no saben si juntos podrán superar la situación. Y sólo cuentan con veinticuatro horas para tomar una decisión.

¿Y tú, sacrificarías tu felicidad por un error del pasado?

Después de que conocierais las historias de Silvia y Marta, sentí la necesidad de escribir este corto relato de Carol para poner punto y final de forma sencilla a la serie, resolviendo preguntas que quedaron sin responder en *Dímelo en silencio* o *Susúrramelo al oído*, y reuniendo a todos los personajes por última vez. Espero que os guste.

La lista de canciones podéis encontrarla en mi cuenta de Spotify para poder adentraros aún más en la historia.

¿Me acompañáis de nuevo?

Agradecimientos

Jamás me cansaré de decir lo agradecida que estoy a todas y cada una de las personas que dan una oportunidad a mis novelas, a mis personajes, con sus virtudes y defectos, amándolos y odiándolos a partes iguales.

Gracias a los lectores fieles, al grupo de Las chicas de servicio de Matt Campbell, nuestro bipolar, a mis amig@s, los que están y siempre han estado, tanto en los buenos como en los malos momentos, sin pedir nada a cambio. Y, cómo no, a mi familia, por apoyarme y respetar siempre mis decisiones.

Gracias a ti, Esther, por hacerme sentir en casa.

Prólogo

Me senté en la hamaca del jardín y la vi venir corriendo desde el interior de la casa; era muy tarde, pero habíamos decidido hacer una barbacoa en la vivienda que en poco tiempo íbamos a ocupar diariamente. Centré mi mirada en ella, y me pareció que no avanzaba muy segura debido a la poca luz que había, pues a nuestro futuro hogar aún le faltaban detalles por concluir, y uno era la iluminación del exterior. Me levanté de inmediato para interceptarla.

No me dio tiempo.

—¡Silvia y tu hermano han sido padres de una...! —se interrumpió.

No pudo terminar porque, en vez de seguir su carrera por la hierba artificial de nuestro jardín, el despiste y el poco conocimiento del terreno que tenía todavía del mismo la llevaron directamente a darse un remojón en la piscina.

—Nena, ¿estás bien? —Reí a carcajadas mientras la ayudaba a salir—. Te has empapado, ¿estás loca! Ven aquí, anda.

—¡Que somos tíos!

La cogí en brazos, la subí a horcajadas sobre mi cintura y la besé. Lo hice sin contención, con esa pasión que ella despertaba en mí.

—Ve a por tu teléfono —me incitó entre beso y beso—, y llama a Álex para saberlo todo. Yo no pienso decirte el sexo del bebé.

—Si no recuerdo mal, has dicho «padres de una...» y luego te has callado. ¿Será niña?

—¡Ah! Sorpresa. —De un salto, se bajó y se escurrió el vestido. Estaba preciosa—. Mira, te está llamando él. ¡Cógelo!

Sonriendo, no dudé en hacerlo.

—Felicidades, hermano —me anticipé—. Otra chica para hacerte perder la cordura, ¿eh? No puedes quejarte. ¿Cómo estás, feliz?

—Esto es lo más grande que me ha pasado en la vida. No puedo explicarte ni cómo me siento. Silvia es todo lo que siempre soñé, no sabes lo bien que lo ha hecho. La amo tanto... —Me reí al saberlo emocionado—. Ser sinceros el uno

con el otro y asumir nuestros errores fue la mejor decisión que hemos tomado nunca para que esto funcione, para ser la familia que somos. Las quiero por encima de todo, Héctor. Y sí, soy muy feliz, joder. Demasiado.

La sonrisa se desvaneció en mi rostro observando a Carolina.

Ella también estaba pletórica, pero a mí las frases de Álex me calaron. «Ser sinceros el uno con el otro y asumir nuestros errores.» Esa mujer había aceptado estar a mi lado y debía conocer la verdad; ella la valoraba sobre todas las cosas tras haber sufrido en el pasado.

Pero ¿cómo se la decía?

¿Cuándo sería el momento?

¿Cómo hacerlo sin lastimarla?

¿Y si la perdía?

No podía seguir callando y, sin embargo, ya era demasiado tarde para confesar...

1. Se acerca el día

«Que no se te olvide nada, Carol, nada.» ¿Y cómo lo consigo?

El consejo de mi madre es útil, pero, teniendo en cuenta lo que supone una mudanza... Trasladar pertenencias, recuerdos y todo tipo de trastos no resulta fácil, y aún menos sin ayuda. Mis padres no llegan de Murcia hasta pasado mañana, mis dos mejores amigas aterrizarán en Madrid en unas horas y Héctor... lleva días trabajando duro, organizando la empresa antes de nuestro ansiado viaje y posterior aventura: disfrutar del hogar que estrenaremos a la vuelta. ¡Qué nervios!

Supongo que el hecho de no vivir juntos no favorece que los encuentros sean más seguidos, aunque también es cierto que hasta hace unas semanas él dormía casi a diario aquí, conmigo, en mi piso compartido; sin embargo, a medida que ha empezado a acercarse la fecha del enlace... más se ha ido distanciando... Cuando menos resulta curioso, sí.

Éste lo achaca a los nervios del momento y puede ser así: ¡es lógico tratándose de Héctor Muñoz!, el picaflor, inmaduro e inestable que no creía en el amor, el hombre que jugaba con las mujeres... Me repito que he de dejarle su espacio; aunque nunca me lo ha reclamado, quizá ahora, ante un paso tan transcendental en su vida, lo necesite. Este hecho me preocupa, pero me consuelo al saber que en menos de cuarenta y ocho horas todo habrá pasado.

Repaso con la mirada cansada mi habitación color turquesa y suspiro al verla tan vacía. No puedo creerme que, después de tantos momentos compartidos a lo largo de estos años junto a Silvia y Marta, me esté despidiendo de nuestro pisito. En breve ninguna de las tres lo ocupará y eso me parece increíble. ¿Quién nos lo hubiese dicho? La morena y la pelirroja no querían relaciones estables y yo me moría por tener una, pero con un hombre tradicional. ¿Y cómo hemos acabado? Si es que ya me lo suele decir mi padre: en la vida pocas cosas se pueden planear... ¡Es tan cierto!

Miro la hora en el reloj que llevo en la muñeca izquierda, un regalo de Héctor, y me asombro al comprobar que son las ocho de la tarde. Desde que se marchó anoche no he vuelto a tener noticias de él, por lo que decido llamarlo. ¿Qué lo tiene tan ausente?

—¿Hola? —pregunto risueña en cuanto descuelga—. Me parece que alguien se ha olvidado de mí... ¿Ni un mensaje con los buenos días o las buenas tardes?

—Hola... No he podido, lo siento —se excusa atropelladamente—. En cuanto salga de la revista, me pasaré por allí. ¿Estarás sola?

—No lo sé, ¿por qué?

—Por nada en especial... Mi hermano Alexander me acaba de avisar de que su vuelo saldrá con retraso y no llegarán hasta mañana temprano.

—Vaya, no sabía nada; la última vez que hablé con Silvia me dijo que llegaban esta noche. — Me dejo caer en la cama, agotada—. Pues entonces supongo que estaré con Marta; aterriza en unas horas con Nacho y me ha prometido que vendrá directa aquí.

—Perfecto, avísame cuando llegue... No sé a qué hora acabaré; te llamaré para confirmártelo, ¿vale?

—¿Estás bien? —me preocupo, incorporándome—. ¿Qué te pasa?

—Nada, es sólo el cansancio; luego hablamos. Te quiero.

—Y yo tam... ¿Héctor?

¡Me ha colgado!

En seguida recurro al grupo de WhatsApp de las mosqueteras.

Su actitud empieza a desconcertarme más de lo debido. Hace una semana que me rehúye en la intimidad, alegando que es para darle más magia a la noche de bodas, pero, conociendo lo pasional que es, me suena a excusa, no sé si me convence.

Carol: Hola, chicas. Silvia, ya sé que vuestro vuelo saldrá con retraso y no llegas hasta mañana. Marta, ¿tú qué tal? Yo estoy muy rayada... Héctor está cada vez más serio y más raro de lo que os vengo contando estos últimos días. Tengo la sensación de que prefiere que estemos acompañados a solos... No es normal, ¿verdad?

Marta: Hola, rubia. Yo tampoco te tengo buenas noticias, hemos cambiado el vuelo a la madrugada. Nacho insiste en que antes de viajar vayamos al hospital; he pasado una noche fatal con un virus estomacal. Sobre ti, ya sabes lo que opino... ¿qué malo va a pasar a estas alturas? Por

fin vais a dar el paso de ir a vivir juntos, ¡de casaros! Vas a cumplir tu sueño, una boda de cuento de hadas en la que nada va a fallar. Déjalo estar y relájate de una vez.

Silvia: ¡Hola! Carol, la peque tiene razón. Disfruta del momento y que no te pase como a mí, que ya con treinta y un años no eres una niña, ¿eh? ¡Es broma! En pocas horas nos veremos y nos reiremos de todo esto. Por cierto, Marta, espero que estés bien. No nos falles.

Marta: ¡Ni loca! Os lo debo; estoy en Ibiza gracias a vosotras, ¿lo habéis olvidado? Además, le he prometido a Carol que, para que se relaje mañana por la noche, ya que sé que no pegará ojo, le prestaré mi diario, y éste estará actualizado hasta que me suba en el avión. Os aseguro que tendrá mucho material para entretenerse con mi historia con Nacho.

Silvia: Pero nada de intimidades... o sí, ¡ya puestos! Os dejo, que la peque reclama mi atención y Álex está terminando de revisar que no nos dejemos nada. ¡Nos vemos mañana! Os quiero.

Carol: Gracias, chicas, me quedo contando las horas para veros. Yo también os quiero.

Los nervios que se me han instalado en la boca del estómago no me permiten pensar con claridad, pese al intento de ambas de tranquilizarme. Lo conozco; a lo largo de estos diez meses he descubierto cómo es su voz cuando está triste, preocupado, alegre... y en esta ocasión sé que algo no va bien. No quiero pensar que me he precipitado al tomar la decisión. Me prometí no vivir con ningún hombre hasta que la relación fuera lo suficientemente estable como para pensar incluso en boda... Con Héctor he encontrado todo lo que siempre soñé y que jamás imaginé que me podría dar una persona como él. Día a día me ha demostrado que merecía la pena cualquier riesgo y hoy temo enfrentarme a una conversación que nos debilite como pareja a dos días de dar el «sí, quiero». Deseo creer que no me haría algo así; es un hombre que cumple con sus responsabilidades y compromisos, maduro a sus treinta y cuatro años.

Sin querer esperar y con la idea en mente de sorprenderlo, decido arreglarme un poco, ya que llevo ropa de estar por casa, con un moño de maruja, y parezco una indigente. De modo que escojo un vestido de media manga, hasta las rodillas y color granate. El cabello, rubio, me lo suelto, dejándolo en su estado natural, con algunos rizos. Luego delinearé mis ojos, azules, antes de coger las llaves de mi recién estrenado coche y dirigirme a la revista *La crónica universal*.

Durante el trayecto escucho una de mis canciones preferidas de Ed Sheeran. En cuanto llego, estaciono en el parking y saludo al chico encargado de la vigilancia. Las dos primeras plantas están vacías; ya son las nueve de la noche y no queda nadie trabajando, excepto Héctor. Llamo a su puerta, sacudiéndome de pies a cabeza por lo inquieta que estoy. ¡Seré tonta!

—Pasa, Jorge —dice, creyendo que es el empleado de seguridad.

Me asomo sigilosamente a la amplia oficina.

Héctor está sentado tras el escritorio, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos... agobiado. Hay poca luz y mucha privacidad: el silencio inunda la estancia.

—¿Hola? —llamo su atención.

Entreabre los ojos, verdes, y clava su mirada en mí. Está descolocado, sin saber cómo actuar. Incluso se muestra incómodo ante mi presencia. Se desabrocha el botón inferior de la chaqueta, se ajusta la corbata, que parece molestarle, y por último se atusa el cabello, corto y moreno...

—¿Qué haces aquí? —pregunta, tenso.

—Marta tampoco llegará esta noche, y me moría por verte. —Cierro la puerta y hago un puchero—. ¿Así recibes a tu futura esposa?

—Lo siento. Ven aquí.

Sonríe a medias y estira su mano hacia mí para que me siente sobre sus rodillas. No dudo en correr a sus brazos, cerrando los ojos cuando recibo uno de sus cálidos e impacientes besos. Lo que siento por él es algo tan grande que no podría describirlo con palabras.

Me hace muy feliz.

—¿Muy liado? —susurro, y le acaricio el pecho a través de la camisa—. Debe de ser así, porque eres el único que queda en la revista.

—Sí, un poco...

Miro hacia atrás para saber si se trata de una noticia que deba contrastar antes de publicarla y en la que yo lo pueda ayudar para que acabe antes, pero algo llama mi atención en la pantalla de su ordenador. No parece estar trabajando, sino revisando las cientos de fotografías que nos hemos hecho a lo largo de estos diez meses. ¿Está melancólico?

—¿Te puedo preguntar qué estás haciendo? —curioso, mimosa.

—Desconectando un poco del curro...

—Ah, con mis fotos. Me gusta la idea, sí. Ésta me trae muchos recuerdos. —Señalo la imagen y la rozo con los nudillos—. Es de la noche que podríamos

decir que empezó todo.

—¿Y cómo la recuerdas?

—Loca... intensa. Especial y crucial para nosotros.

—No supe valorarte —se lamenta con un suspiro—. Pasó lo que tanto temías, fuiste mi juguete cuando y como yo quise.

—Pero cambiaste —replico con recelo—. Lo hiciste por mí.

Él asiente, pensativo, distante.

De pronto parecemos dos desconocidos, tan cerca en cuanto a piel, pero a la vez lejos por sus reflexiones. Sus ojos parecen como idos, como si visualizaran esas imágenes que le causan ¿amargura?

—Me acostumbré a tus mimos, a que me recibieras con tanta necesidad cuando te buscaba, a tus caricias, a tu forma de besarme, a tu manera de entregarte —musita, haciéndome sonreír—. Sin límites, toda mía siempre que así lo quería. Y lo necesitaba.

—Y como lo seré siempre, igual que tú, mío. —Descanso la frente contra la suya, persiguiendo su calor, buscando esa complicidad que hoy brilla por su ausencia—. Estás muy extraño; presiento que temes que me arrepienta del paso que vamos a dar y no sabes cuánto te equivocas. Odio que el temor se interponga entre nosotros.

—Nena...

—Para que se disipen tus dudas, voy a recordarte por qué acepté tu propuesta, por qué decidí permanecer a tu lado. Quédate con todas esas sensaciones que despiertas en mí y olvídate de los miedos.

—¿Y cómo lo harás? —roza su nariz con la mía—. Cuéntamelo, por favor. Estoy intrigado.

—Diciéndote lo que ya sabes, lo que has oído otras veces... que aterrizaste en mi vida sin esperarlo, negándome durante semanas, pero que los meses a tu lado se han convertido en los más felices de mi vida desde el día en el que me dijiste que no me querías sólo cuando tenías un calentón, sino que te gustaba estar conmigo, que no me necesitabas sólo por las noches, sino los días enteros. Allí lo cambiaste todo. ¿Qué sentí entonces? Que lo eras todo para mí y que ya no podría vivir sin ti.

—¿Y ahora podrías hacerlo? —me presiona, ronco, cuando acabo el relato.

—¿Q-qué? —Se me forma un nudo en la garganta—. Claro que no.

Se remueve en el asiento y añade:

—¿Te puedo confesar yo algo a ti?

—C-claro...

—Llevo semanas sin encontrar el momento para decirte que lo siento, que nunca he estado a tu altura, pero, como siempre, me sorprendes y hablas de lo nuestro con esa dulzura que te caracteriza, con esa sencillez que me enamoró de ti. Lo haces con todos esos sentimientos que nos ataron como tanto añoraste, dándome la oportunidad de ser sincero de una puta vez, y me da miedo hacerte daño.

Me separo un poco, echándome hacia atrás, aceptando que algo va mal. ¿Qué diablos pretende decirme?

—Me estás haciendo temblar por un motivo muy diferente al que acabo de recordarte —le reprocho sin apenas voz—. ¿Qué me estás ocultando? Esto no me gusta, Héctor.

—¿No te das cuenta? No te merezco.

—No te atrevas a hacerme esto. —Me libero de sus brazos y, de pie, lo sacudo para que me mire, pero no lo consigo. Me rehúye la mirada—. Ni se te ocurra romper tus promesas, nuestros sueños. Nada me hará cambiar de opinión, me quedo con esos bonitos recuerdos del pasado y te dejo a ti los que tanto te perturban... Te amo, Héctor, y sólo sueño con una vida juntos, ¿te queda claro?

—Lo siento.

—¿El qué? Mírame —le exijo desesperada—. No lo estropees ahora, por favor... no con tonterías que ya no importan.

Asiente acariciándome la mejilla, sin abandonar el pesar en su rostro. Advierto cómo mi cuerpo se viene abajo frente a sus dudas.

—¿Te estás arrepintiendo de lo nuestro? —inquiero casi sin voz.

Aprieta los puños y se incorpora, dándome la espalda. Mira a través del ventanal, a la nada. No me conformo, ¿cómo hacerlo!?, y lo obligo a que me preste atención zarandeándolo sin calma.

—¿¡Estás arrepentido o no!?

—¡Basta! Por supuesto que no —masculla a la defensiva, como si eso fuera obvio. Para mí lo era... antes, hace unos minutos—. Puedes tener muchas dudas sobre mí, pero ésta no es justa, maldita sea.

—Lo que no es justo es plantearme vivir sin ti ahora, a dos días del enlace... —Hago de tripas corazón y añado—: Lo único que necesito es una respuesta para acabar con esta incertidumbre que me asusta y que me lastima al no entender qué está pasando contigo, entre nosotros. ¿Me quieres?

—¿Lo preguntas en serio? —rebate ofendido—. ¡Lo eres todo para mí,

joder!

—Entonces ven a buscarme cuando te comportes como hace unos días, cuando nada te hacía dudar y me dabas lo que necesito. Ven cuando no me sigas mintiendo afirmando que tu cambio se debe a los nervios debidos a la boda y no a tus absurdos remordimientos. Quiero que seas el mismo Héctor del que me enamoré, no una sombra de ti mismo.

Camino hacia atrás y me marcho sin darle opción a que me detenga.

Salgo y cierro la puerta, apoyándome contra ésta.

No entiendo su actitud y reconozco que temo que me esté mintiendo, que le asuste el paso que vamos a dar y que el motivo de su frialdad, susceptibilidad y distanciamiento se deba a que no es capaz de confesármelo en voz alta.

2. No era mi prototipo

Cuando nos conocimos, era una noche de fiesta, una de tantas, en el mismo bar de siempre, aunque no todo era igual. Marta, la pequeña de las tres, fue la que nos instó a la morena y a mí a que mirásemos al otro lado de la barra. Mi corazón se aceleró sin sentido al sentir el peso de unos ojos verdes recayendo sobre nosotras.

Había dos chicos, más bien hombres de mundo, presumí que eran hermanos por su parecido, pero el que sonreía picarón llamó mi atención.

Él no parecía decantarse por ninguna...

Deduje por su expresión burlona que le servíamos las tres.

—No eres capaz de acercarte y presentarte —retó Marta a Silvia, la más imprudente, que se echó a reír ante la apuesta que se le planteaba—. Alguno te ha gustado, tu cara de «empótrame toda la noche» lo dice.

—Qué burra eres —protesté, pero añadí—: Yo tampoco te creo capaz. No sé por qué... uno de ellos, y desconozco cuál, te intimida.

—¡Estáis tontas!

—Pues ve —repetimos al unísono.

—Mmm... ¿qué gano si lo hago?

—Carolina y yo opinamos que, aparte de al señor buenorro, escojas al que escojas —recalcó Marta—, te libraremos una semana completa de tus obligaciones caseras.

—¡Hecho! —aceptó Silvia con energía.

En silencio, recé para que no le gustara el mismo que a mí, aunque ¿qué importaba? Tampoco me atrevería a acercarme más de lo debido. Estaba cansada de los tipos que buscaban relaciones esporádicas de una noche, yo no era de esas. Con veintinueve años, mis prioridades y expectativas eran otras: serias, estables y a largo plazo. Aunque la edad no era el motivo... desde niña soñaba con algo así... real y sincero.

—Hostia, Silvia le ha dado largas al más roquero y el tipo viene hacia aquí, a por nosotras — me avisó Marta, poniéndome nerviosa. Tanto que no encontraba mi copa y la tenía delante—. Yo voy donde el camarero, que ése es mi plan... te dejo éste a ti.

—Oye, espera, que no...

—Vamos, rubia, déjate llevar. Una vez al año, no hace daño.

No me dio tiempo a protestar, porque ya tenía al moreno, corpulento, de ojos felinos y sonrisa traviesa, frente a mí. Pero sí la aferré del codo y la obligué a quedarse a mi lado, junto a aquel hombre.

De primeras me costó mantenerle la mirada.

—Así que sois amigas de la chica que ha vuelto loco a mi hermano. —Me encogí de hombros, no tenía ni puta idea de qué hablaba—. Soy Héctor, Héctor Muñoz, hermano del reconocido Alexander Muñoz, director de la revista *La crónica universal*. ¿Os suena?

—Joder, claro que la conocemos —comentó Marta impresionada. La liberé esperando que se marchara, pero se separó unos centímetros y empezó a bailar mientras bebía sin quitarnos ojo—. Podéis hacer como que no estoy... Desde aquí puedo espiar la barra...

«Y al camarero». Héctor la ignoró y sonriendo, insistió:

—Y a ti, ¿te suena el nombre de la revista?

—Sí... —dije yo—. La suelo comprar de camino al trabajo.

—¿Y no te sorprende?

—¿Debería? —Me mostré firme, disfrazando lo inquieta que me puso su cercanía y la noticia de quiénes eran—. Si me disculpas...

—No me has dicho cómo te llamas. —Me impidió el paso. Aun con tacones y mi metro setenta, tuve que erguir unos centímetros la cabeza para poder verlo mejor—. ¿Qué te ocurre, rubia?

—Aparta, quiero pasar.

—Vaya, déjame adivinar. Tú eres la amargada del grupo, ¿no?

—¿Cómo te atreves? No me conoces de nada para juzgarme.

—Entonces dame el privilegio de hacerlo. Empecemos de nuevo. —Abrió la palma de la mano y me la ofreció en son de paz. ¿En serio era tan atrevido? Más bien desvergonzado—. Soy Héctor, ¿y tú?

Cogí aire al tiempo que se me escapaba una sonrisa tímida.

—Carolina Sanz...

Acepté su gesto y, en cuanto rocé mis dedos con los suyos, la electricidad

de la que muchas veces había oído hablar, aunque nunca antes la había sentido, estuvo ahí. Fue tan fuerte que di un paso atrás, sobresaltada.

—¿Qué ha pasado? —se burló picarón—. Ven aquí, vamos a bailar.

—No... quita, suéltame.

—Tus amigas se están divirtiendo, ¿por qué tú no?

Tenía razón, pero me parecía surrealista hacerlo con él, con un tipo al que no conocía de nada pese a su cercanía. ¿¡De qué iba!?

Intenté rechazarlo, frenándome haciendo fuerza con las piernas, pero los tacones resbalaban y, por la muñeca, me arrastró hasta el centro de la pista.

Una vez allí, alzó una ceja.

Sonaba una canción de Avril Lavigne y él, muy osado, me agarró por la cintura y me animó a seguir el ritmo de la melodía.

Temblé, incómoda, sobre todo al ver que Marta nos seguía, riendo.

—Tú eres el típico tío al que le sirve cualquier mujer, ¿no? —Me liberé de él con un empujón y bailé sola—. Conmigo pierdes el tiempo.

—¿Sí? —me retó, ofreciéndome beber de su copa. Negué con la cabeza—. Pues tu sonrojo me indica todo lo contrario; esa piel blanquecina ha dejado de serlo y creo tener una ligera idea de por qué puede ser.

—Es por el calor —intenté excusarme, esquivando su mirada—. Apuesto a que les sueltas las mismas frases a todas.

—¿Y eso te decepciona?

—¿Tendría que hacerlo? —rebatí, parando de bailar—. He de irme...

—Yo también. —Miró por encima de mi hombro, detrás de mí, y asintió a alguien. ¿Al hermano?—. Supongo que volveremos a vernos. Dudo que no me busques, me suele pasar. Engancho rápido.

—Vete a la mierda. —Me eché a un lado, rechazando sus dos besos como despedida. No haría el ridículo de caer en el juego de seducción de alguien como él—. Adiós, Héctor.

—Hasta pronto, Carol.

¿¡Cómo podía tener tanto morro!?! Me había acertado el nombre como si me conociera, como si tuviera el derecho de hacerlo. ¡Madre mía! Luego solté sola una carcajada, asumiendo que le estaba dando demasiada importancia a alguien que no tenía por qué tenerla... Pero sí, me había resultado simpático... aunque físicamente no era mi prototipo, pues me solían atraer los chicos del montón, y su personalidad tampoco encajaba con la mía. Éramos polos opuestos...

Aun así, algo de él me gustó.

—Es un flipado —comentó Marta, y me guio para buscar a Silvia, que parecía pensativa cuando se dio la vuelta hacia nosotras—. Tía, Héctor nos ha dicho quiénes son... Muy fuerte, y menudo creído. La rubia lo ha mandado a la mierda y todo. ¿Qué ha pasado contigo? ¿Qué te ha dicho? ¡Cuenta, que se me escapa el camarero!

—Nada, otro fantasma más para la lista.

—¿En serio? —puso en duda Marta con un aspaviento de manos—. Pues estáis muy raras. ¿Es por ellos?

—¡No! —gritamos Silvia y yo al unísono, delatándonos.

—A ver, que no —comenté atropelladamente—. Es guapo, pero no es mi tipo. Ya me conocéis. No sirvo para esto... No para una noche.

Ésa era mi filosofía y así pensaba mantenerla frente a Héctor Muñoz. No estaba dispuesta a que me hicieran daño y un hombre al que la prensa consideraba un picaflor, inmaduro e inestable era justo lo que podría hacerme.

—Y tampoco es que me haya gustado —insistí con mi discurso.

Las dos abrieron los ojos como platos mirando detrás de mí, señalando en cierta forma hacia atrás. Entonces, poniéndome la piel de gallina, me susurró el mismísimo Héctor:

—Se me había olvidado algo y de paso, ya que hablas de mí, aprovecho para sincerarme y decirte que la breve charla que hemos mantenido me ha bastado para saber que tú tampoco me gustas nada. Busco mujeres con más chispa y picardía, no tan secas, frías, aburridas y distantes. Pero estoy seguro de que podríamos ser buenos amigos.

3. Todo es como ayer... pero nada es igual

Entro en casa y no sé qué hacer. Todo está empaquetado, preparado para ser trasladado. La emoción que me embargaba justo antes de irme de este piso, al imaginar nuestra vida en común, se ha convertido en miedo... uno que él me ha contagiado con sus absurdas dudas.

No entiendo nada. ¡Nada! Me digo que no debo preocuparme, que es un bache, nuestra primera gran crisis. Los nervios por el enlace han hecho mella en ambos y nos está pasando factura, pero quedará atrás en poco menos de dos días.

Me quito los zapatos y voy a la cocina.

Tengo el estómago vacío, me ruge, y no quiero enfermar a estas alturas. Últimamente estoy sometida a mucho estrés y no puedo permitirme flaquear por el momento de pánico que está atravesando Héctor... Estoy segura de que, con el tiempo, lo recordaré como una anécdota más.

Me preparo un ligero sándwich de pollo y me siento junto a la mesa que hay cerca de la ventana. Observo el cielo oscuro de Madrid de finales de septiembre. Sin querer, se me escapa una sonrisa mientras mastico. ¿Por qué a veces los hombres se empeñan en decir que nosotras, las mujeres, somos el sexo débil? ¿Si ellos se asustan ante un nuevo cambio y hacen un mundo de un grano de arena! ¿De qué les sirve presumir de su dura fachada?

Enciendo la radio para distraerme; en la emisora que hay seleccionada suena una canción de Demi Lovato. Acabo con la tardía cena y me dispongo a recoger lo que he ensuciado. Poco después, oigo la cerradura de la entrada. Miro hacia atrás, sin abandonar mi tarea.

Héctor se detiene junto a la puerta principal, contemplándome.

—¿Puedo pasar? —Suspiro ante el conocido sonido de su voz—. ¿Quieres que me quede contigo esta noche?

—Si vienes dispuesto a cumplir mi última petición, claro que sí.

—¿Y por qué sonríes?

—Porque te quiero y soy feliz, aunque me hayas asustado —confieso sonrojada—. Y, ahora, por favor, ¿vienes y me besas de una vez tal como sabes hacer?

Acorta la distancia, se desprende de la chaqueta y me rodea desde atrás. Su perfume me envuelve de la misma forma que sus manos.

Su mero toque y su aroma me recuerdan que estoy donde debo, en casa, con él; allí donde me siento protegida y amada.

—Llevo tantos días sin tocarte que hoy me da miedo hacerlo —susurra contra el lóbulo de mi oreja. Me estremezco aún más de lo que imaginaba que haría—. Dime que me quieres.

—Te quiero... —Me arqueo, facilitándole que pueda desprenderse de mi vestido—. Lo hago como ninguna otra podría.

Suspira como si se asfixiara.

Desliza sus manos por mi cuerpo mientras la tela se escurre por éste. La sensación de volver a sentirlo así es maravillosa. Lo añoraba... Me da la vuelta para ponerme frente a él y me levanta hasta que me encuentro sobre la encimera, con las piernas abiertas. Tiemblo ante su feroz mirada, ante sus duras facciones y la tensión en los músculos de su cuerpo. No me acostumbro a que sea tan mío.

—Estás preciosa y no sé por qué aún te ruborizas, pero nunca pierdas esa timidez en la intimidad porque me hace perder la puta cabeza.

—Ven aquí. —Tiro del cuello de su camisa y le recuerdo—: Te amo.

—Yo más, aunque a veces no sepa demostrártelo.

—Eso no es verdad —replico mirándolo a los ojos—. No sigas por ahí. Olvídate de todo, ¿vale? No me gusta verte así; necesito a mi burlón y arrogante Héctor.

Me acaricia la mejilla; sus manos están frías y, con un carraspeo, se acerca lentamente. Sus labios se entreabren esperando que los míos lo acepten, y yo lo recibo como siempre, mimosa, ansiosa. En cuanto nos rozamos, la contención queda en un segundo plano.

—Te he echado de menos —reconozco impaciente.

—No más que yo.

Me aferro a su cabello y lo atraigo hacia mí, besándolo y entregándome como otras tantas noches antes de que nuestro distanciamiento empezara. Héctor se adueña de mi boca como si fuera la última vez, más fiero de lo que jamás se ha mostrado, intenso, necesitado, arañándose con su incipiente barba, al tiempo

que va desnudándose. No se permite separarse ni un segundo de mí y, aunque me falta el aire, yo tampoco puedo. Lo ayudo a desvestirse entre beso y beso. Finalmente, cuando sólo le queda el bóxer, nos separamos.

Ambos nos devoramos de pies a cabeza con los ojos; entonces me carga en brazos y, mientras sonrío, me lleva hasta mi habitación. Me aprisiona la cara, me muerde los labios y me deposita sin cuidado alguno bocarriba en la cama, cubriéndome con su cuerpo de inmediato. El ronco gruñido que escapa de su garganta me impacta, me eriza la piel.

Antes de que pueda abrazarlo, desciende con besos y hunde la boca en mis pechos. ¡Dios!, gimo flexionándome, ofreciéndome.

Me arranca el sujetador de encaje, negro, un color que en la ropa interior lo pone muy caliente, y me lame los pezones; los fricciona con su húmeda lengua hasta que grito... y no sólo de placer, también de dolor.

Está más salvaje que nunca, fuera de sí.

—H-Héctor... me estás haciendo daño...

No reacciona; muy lejos de hacerlo, se desprende de mi braguita. Luego se arrastra por mi piel hasta estar de nuevo cara a cara, posiciona su miembro en la abertura de mi sexo y me embiste hasta el fondo. Su masculinidad entra en mi interior con una violencia que me supera.

—A-así no —intento detenerlo. Me silencia con sus urgentes labios y me penetra con más fuerza, ayudándose con la mano debajo de mi muslo para impulsarme hacia él una y otra vez—. Cariño... ¿qué pasa?

—Perdóname —implora cerrando los ojos, sin cesar las duras invasiones—. Perdóname, nena.

—No t-tengo nada que... —Los abre, mostrándome culpabilidad, arrepentimiento... confesándose en silencio. Se me escapan dos solitarias lágrimas, que Héctor seca con impotencia—. E-espera... ¿Qué has hecho...?

—Lo siento... también este trato. Carol...

Niega con la cabeza repetidas veces, sin poder hablar, follándome sin compasión, lejos de hacerme el amor. Entonces me doy cuenta de que todo es como ayer, pero nada es igual. Sigue estando dentro de mí; aun así, ahora no siento nada. Es la primera vez que me pasa.

La respiración se me acelera, y el llanto trona mientras él se corre en mi interior entre temblores exagerados sin importarle que mi placer se haya evaporado, que mi deseo se haya esfumado y que el dolor me haya sobrepasado. Mis intentos por alejarlo de mí han quedado en eso... en intentos. Una vez que

termina, rueda por el colchón, se sienta de un solo movimiento y, con desesperación, lo golpea dándole puñetazos hasta que acaba rompiéndose de una vez por todas.

—He estado con otras... ¡Te fallé y he seguido haciéndolo al callarlo! He sido un puto cobarde, ¡joder!

—¿Q-qué...? No es verdad.

Me incorporo enloquecida, encarándolo.

—¡Mientes! —insisto.

—Ódiame, ¡es lo que me merezco!

Acto seguido, se levanta y arrasa con todo lo que hay a su paso, destrozando la habitación en la que nos hemos amado tantas veces. No es lo único que ha roto... mi corazón lo ha dejado hecho pedazos.

—¡¿Por qué me haces esto justo ahora?! ¡Maldito seas! —le reprocho cubriéndome la cara con las manos—. ¿¡Cómo has podido!?

—No pensé... y luego tenía miedo de perderte... Yo... ¡lo siento!

—¿No pensaste mientras te tirabas a otras o no lo hiciste después?

Me dejo caer al suelo, apoyando la espalda contra la pared, asumiendo la pesadilla que estoy viviendo. «Sabía que algo iba mal.» Dejo de oír golpes, los gritos llenos de impotencia y remordimientos de Héctor. Un segundo más tarde, percibo su calor, pues se arrodilla ante mí, pero no puedo ni mirarlo. Sus manos tiemblan cuando intentan tocarme. Lo aparto de un manotazo, con la cabeza gacha. Tiro de la sábana para cubrir mi desnudez.

—Perdóname —insiste apesadumbrado, atormentándome con la frase—. Tenías que saberlo, nena. Deja de llorar, por favor; pégame, grítame, pero basta. ¡No soporto verte así! Me duele.

—Tú eres el causante, ¡sólo tú!

—¡Y me arrepiento! —Me apresa el rostro, exigiéndome que abra los ojos y observe los suyos. Me siento incapaz de hacerlo—. No es lo que crees, no me he visto con nadie de forma continuada. Ella... ¡Me doy asco, joder! No sé cómo decirlo sin lastimarte, nena...

—¡Habla!

—Fue al principio; todavía no estábamos juntos ni éramos pareja, y el miedo de necesitarte se apoderó de mí. Sé que no es excusa...

—Has dicho *otras* —le recuerdo casi sin poder articular palabra. Voy a desfallecer—. ¿Por qué buscaste en otras lo que yo te daba?

—No, no fue así, ¡no! Estaba asustado, no estaba preparado para

enamorarame, pero pasó. La segunda vez... unas horas después de decirte que te quería, fui a un bar a tomar unas copas, confundido por todo...

Guarda silencio, no sé si llora, y luego retoma su explicación.

—Sobre todo, por el miedo de amar a alguien tan desesperadamente como me di cuenta de que te amaba a ti después de hablar con Silvia. Allí, en el bar, me encontré con una vieja amiga; se lo empecé a contar todo y... no sé cómo pasó... Fue una encerrona, bebí y luego sólo recuerdo despertarme y notar esa sensación de vacío... Álex me llamó en ese momento y, al oír mi descompuesta voz, me preguntó qué me ocurría; le expliqué la historia a medias y le mentí... Me exigió que no cometiera ese error...

No doy crédito, no puedo creer que esto nos esté pasando.

—... pero ya lo había hecho, aunque no lo admití. Luego la chica se puso en contacto con él, amenazando con acudir a la prensa para contar la noticia si no le daba dinero. Álex, por ser mi hermano, a pesar de creer que ella mentía, pagó el precio que le pidió, pero también la amenazó con una demanda si aireaba el asunto... Ella se conformó y calló, pero pasó... A raíz de ahí no me permití separarme de ti, estaba arrepentido y necesitaba demostrarte que podría ser lo que merecías. Lo siento, yo... No puedo ni mirarte a la cara, nena...

—¡Deja de llamarme así! —Lo alejo de mí de un empujón—. ¡Vete!

—Escúchame, por favor... ¡No ha vuelto a suceder! He intentado enmendarlo, demostrándote lo mucho que te amo. ¡Yo también me odio!, por no merecerte y por quererte a mi lado en vez de dejarte ir.

—¡Basta! No tenías ningún derecho a destrozarme así, ¡y a dos días de la boda! Ya era muy tarde para conocer la verdad —confieso. Me pongo de pie cubierta con la sábana—. A veces se es más feliz viviendo en la ignorancia y desterrando algo que no nos hace bien. ¡Y esto no nos lo hacía!

—¡Callar me estaba matando! ¿No lo ves? No podía ni tocarte por mi sentimiento de culpa tras mantener una conversación con mi hermano en la que, con una frase, me hizo entenderlo todo. Te conozco y sabía que... —lloro más ante las lágrimas que corren por sus ojos y se desvanecen entre sus mentirosos labios—... no podría haberte hecho feliz, no sin corresponder a la sinceridad que tú me ofreces cada día del mismo modo.

—Lo era... y quería seguir siéndolo.

Da un paso hacia mí y yo hacia atrás, levantando la mano para que no se acerque. No lo reconozco. No es la persona que creía que era.

No confío en él.

El dolor y la decepción son tan grandes como el amor que le tengo. No asimilo que el mismo día que me dijo «te amo» por primera vez, que me hizo el amor entre confesiones que me estremecieron el corazón, estuviera luego con otra y la tocara como a mí, borrando mis huellas.

—Carol...

—¡Déjame! ¡Tendrías que haberte callado la maldita boca!

—No me recrimines haberte confesado por fin de una puta vez lo que debería haberte dicho hace tiempo, por favor...

—Demasiado tarde para ser sincero... —Le señalo la puerta, sujetándome fuerte la sábana. Siento rechazo por él, por lo que acabamos de compartir, por mostrarle mi desnudez—. Fuera. Necesito estar sola. Verte sólo me hace daño.

—No quiero irme así —suplica sin apenas voz.

—Siempre temí que me fallaras... Sabes cuánto valoro la fidelidad, la lealtad y la confianza en una pareja. ¡Detesto las mentiras y los secretos! También sabes que eso destrozó la vida de mis padres, la mía, y ya nunca volvió a ser igual. —Él asiente. Lo peor de todo es que es conocedor de mis miedos. Aun así, lo ha hecho—. No quiero una relación igual de tóxica, ya sufrí las consecuencias de una así que no me pertenecía.

—Te he respetado desde entonces...

—Pero prometiste hacerlo antes y no lo cumpliste.

—¿Me vas a dejar? —pregunta más vulnerable y demacrado de lo que jamás lo he visto, apretando los puños—. No me importa cancelarlo todo, que me obligues a reconquistarte; me da igual el qué dirán... pero piensa en lo que hemos vivido hasta ahora. Me siento como un puto cínico, un egoísta, por pedirte esto después de... Aun así, debo hacerlo porque no puedo estar sin ti. No imagino mi vida sin ti, Carol.

—Ni yo... pero ahora tampoco sé si contigo.

4. ¿Lobo con piel de cordero?

El tiempo había transcurrido y ambos nos manteníamos en la misma postura. Yo marcaba distancias, pues con sus actos me demostraba que no merecía la pena ni siquiera para una aventura y él me trataba como a una confidente. No estaba interesado en mí como mujer, para él era indiferente en ese sentido...

Mejor, ¿no?

Al menos eso era lo que quería creer.

La vida de Silvia, por el contrario, había dado un vuelco. Sus encuentros con Álex se habían prolongado en el tiempo y, después de que la pareja atravesara varios baches, acababa de convertirse en la mujer del menor de los hermanos Muñoz, algo que Héctor no había encajado bien. La veía como a una intrusa tras un escaso año de relación con Alexander, y su afán de protegerlo resultó tan excesivo que le hizo representar un mal papel.

—Ya voy yo —avisé a Marta desde la sala de camino a la puerta, pues llamaban con insistencia. Héctor—. ¿Otra vez tú?

—Tu amiga, no contenta con todo, empezará a trabajar en la revista. ¿Qué pretende?, ¿quedarse con lo que no le pertenece?

—Ya hemos hablado de esto. —Le ofrecí entrar al verlo tan alterado y lo guíé hacia la cocina para preparar un par de cafés—. Sé que para vuestra familia ha sido muy precipitado, pero se adoran. Acaban de llegar de su luna de miel, no les fastidies este momento. Silvia está trabajando duro para incorporarse a su nuevo trabajo en la oficina. Dale una oportunidad.

—Jamás pensé que llegarían tan lejos —reconoció y asentí; yo tampoco—. Hacerme cargo yo solo de la dirección de la revista durante todo este mes que han estado fuera, me ha estado matando. Demasiadas responsabilidades, apenas he tenido tiempo para salir y despejarme. ¡Qué fiesta me voy a pegar!

—¿Sólo piensas en mujeres y en emborracharte?

Héctor se sentó frente a mí; nos separaba una pequeña mesilla junto a la ventana. Su tensión disminuyó y aceptó el café con un guiño de ojo. El corazón me latió tan rápido que temí que se me saliera del pecho. ¿Por qué me sucedía

eso cuando estábamos juntos?

Si no existía nada entre nosotros...

—Si no tengo que trabajar, sí —respondió finalmente, observándome a través de las pestañas mientras yo removía el café—. ¿Me vas a negar que no disfrutas con el sexo? Follar le gusta a todo el mundo.

—No seas impertinente, por favor.

—Vale, lo pillo. Tú no follas, haces el amor.

Negué con la cabeza y bajé la mirada. Sentí mis mejillas arder. ¿A qué venía esa conversación? Solíamos hablar de Álex y Silvia, poco más, jamás de otros temas. Ellos eran lo único que nos unía.

—¿Sabes lo que también me gusta? —preguntó, y negué a la espera de oír una grosería—. Cuando te sonrojas —confesó de pronto—. Y la verdad es que esa faldita de secretaria no te sienta nada mal. Tu único defecto es tu carácter. No me extraña que los hombres no se acerquen a ti. Eres tan seca que huyen despavoridos.

—No empieces a meterte conmigo. —Me bebí el café del tirón y me incorporé para poner la taza en el fregadero. Al darme la vuelta, choqué contra él—. Cuidado... ¿M-me dejas pasar?

—Algunas veces me he preguntado cómo eres en la cama. —Me sujetó el mentón y me obligó a que lo mirara. Me costó respirar—. ¿Eres tan sumisa como pareces o un lobo con piel de cordero?

—Qué más te da... Nunca me has visto como una mujer interesante, así que estas tonterías sobran.

—¿Eso ha sonado a reproche? —Arrugó la frente. Desvié la vista—. La verdad es que he estado resentido contigo por culpa de Silvia y sólo te he utilizado para obtener información. Me he equivocado contigo, rubia. Pensaba que las tres erais iguales, pero tú te diferencias de ellas.

—No tienes ni idea de lo que dices —repliqué ofendida—. En tu mísera vida encontrarás a mujeres que sean tan especiales como Marta y Silvia.

—¿Y como tú? —contraatacó, y se acercó hasta que apoyó su gélida frente contra mi sien. Intenté escapar; no lo conseguí—. Ahora que he sido sincero y que tu amiga ha conseguido su objetivo, no veo motivo por el cual no podamos tener una noche loca. Eres tan diferente al resto de las chicas con las que he estado que quizá puedas sorprenderme. De hecho, lo hiciste el día que te conocí, rechazándome.

—¿S-se te está yendo la pinza?

—Sí, por haber dejado pasar más de un año sin hacer esto.

No me lo esperaba, simplemente sucedió. Cuando quise darme cuenta, tenía la boca de Héctor impactando contra la mía, reclamando que le correspondiera. Sus manos se amoldaron a mis caderas y las mías, instintivamente, treparon a su nuca. Su desmedida pasión provocó un caos en mi interior que no supe cómo sobrellevar.

Sólo quise que aquel tórrido beso no acabara nunca; que su lengua jugueteara con la mía durante horas, dejándome justo como me encontraba, sin poder respirar, con el pulso acelerado y despertando mis más fieros deseos por él... esos que había intentado ocultar y enterrar desde que lo conocí. No pude parar, quise más, aunque sin abandonar la ternura al besarlo, recordándole sin pretenderlo que jamás sería lo que buscaba... No, no era como el resto de sus amiguitas.

—Joder, Carol —gruñó, mordiéndome el labio inferior—. Me tienes enfermo. Vámonos a la habitación, deja que te folle de una vez.

—H-Héctor, no...

Volví a la cruda realidad con su forma de expresarse.

Héctor no tenía la culpa de ser así, la estúpida era yo por permitirme fantasear con alguien como él, un mujeriego sin escrúpulos.

—Tienes que irte. —Lo aparté de mí de un empujón. Ambos nos observamos impactados, desbordados por la situación, por lo lejos que habíamos llegado—. Esto no ha sucedido. Ni puede saberse...

—¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿Estás con alguien?

—Vete, ¿vale? Será lo mejor, y no vuelvas por aquí.

—Te estás comportando como una niñaata —me acusó, cruzándose de brazos, y luego señaló hacia abajo con el mentón. Intenté ignorar el detalle, pero fallé estrepitosamente y gemí—. Me tienes jodidamente duro y sé que debes estar mojada. Rubia, te brillan los ojos, estás cachonda, y es por lo que acaba de pasar, ¿cómo ignorarlo?

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —Fui a darle una bofetada, que frenó al interceptar mi mano al vuelo—. Sal de mi casa, creído.

—Aun así, te gusto.

—¡Fuera!

—¿Qué pasa aquí? —Marta se detuvo en la entrada y lo asesinó con la mirada—. Suéltala. Ya la has oído. ¿Los hombres imbéciles como tú no entendéis un «no»?

—No, cuando una mujer te corresponde.

—¡Eso no es cierto! —mentí, alejándome—. Egocéntrico y estúpido de mierda.

—Vaya, pero si la nena hasta dice tacos —se burló riendo—. Tranquila, me voy, aunque nos volveremos a ver. Que no te quepa duda de que me he quedado con tantas ganas de más como tú.

—Eres un fantasma —balbuceé acalorada.

—Ya...

En cuanto desapareció con aires de grandeza, Marta me señaló con un dedo.

—Te has liado con él.

—Claro que no...

—Límpiate la boca, anda... —apostilló sin dar crédito—, que se te ha corrido el pintalabios y a saber qué más.

5. La noche más larga

Son las siete de la mañana; ya hace ocho horas desde que Héctor se marchó y el llanto ha cesado, porque no me quedan más lágrimas que derramar. Estoy sentada en el sofá, cubierta con una fina manta y dentro de un bucle emocional repleto de reflexiones incoherentes del que no sé cómo salir. Se me escapa de las manos cómo nos ha podido hacer esto, por qué ha esperado tanto tiempo para confesármelo.

Mañana es el gran día... con el que llevo soñando meses, pero hoy quisiera que desapareciera del calendario. No sé qué debo hacer.

Cuando apenas tenía nueve años, mis padres se separaron. Un día cualquiera oí gritos desde la planta de arriba... y era porque ella lo había pillado con otra... Fue algo temporal, pasajero, que se prolongó poco en el tiempo, aunque sin duda fracturó la relación. Después de que mi padre insistiera frecuentemente, mi madre lo aceptó de vuelta, pero la sombra de aquella infidelidad la persiguió siempre; la perdonó, pero no supo olvidarla.

Desde entonces, viví con peleas casi a diario, con escenas de celos sin sentido por la desconfianza que habitaba en ella. No consiguieron volver a ser felices, pero decidieron estar juntos porque se querían y se quieren, aunque a veces el amor no es suficiente. Sé que la situación no es la misma; sin embargo, no entiendo que una pareja se falte al respeto como si eso fuera algo normal, ni tampoco las rupturas temporales para poder estar con otras personas y luego retomar la relación como si nada...

Soy incapaz de comprender cómo, queriendo a alguien, puedes estar con más personas...

Yo no sirvo para eso. Un desliz de mi padre marcó mi vida por decisión de mi familia, y no admito caer en un error por el que ya he pasado a través de ellos y que provocó que unos años que deberían haber sido maravillosos se convirtieran en tristeza.

De ahí mi necesidad de esperar a afianzar una relación para convivir con alguien. Me niego a crear falsos lazos con una persona que sólo quiera utilizarme.

Es mi forma de ser, quizá radical... Sólo pretendo protegerme.

Me incorporo a duras penas y, arrastrando los pies, voy a la cocina y me preparo un café, de los fuertes, en la Nespresso; luego vuelvo en seguida a la sala, al mismo hueco que tengo hundido en el asiento por la noche en vela que he pasado aquí, mirando a la nada... y buscando respuestas que no encuentro.

Hay tanto silencio que no lo soporto, de modo que pongo música, muy bajita; es una canción de Kelly Clarkson, una tan triste que hace que mi herida sangre más, pero, aunque duele y puede parecer masoquista, no la quito.

Minutos después me sobresalta el sonido del móvil; otro regalo de Héctor, como el coche. Estos últimos días ha sido mucho más detallista, y ahora lo entiendo todo, también su actitud.

¿¡Por qué ha tenido que joderlo así, conociéndome!?

—¿Qué quieres? —respondo secamente.

—Necesito verte, nena. No soporto esta sensación, saber que estás mal y no poder consolarte. Déjame ir.

—No.

—Recuerda tus palabras de ayer antes de que escupiera el veneno que llevaba dentro. Me siento tan avergonzado y no sólo por mis errores, sino también por el trato que te di al pensar que podría ser la última vez que... No podía más, Carol, pero te amo demasiado.

—Ya basta. No quiero hablar contigo; me has dejado hecha pedazos, ¿lo sabes? —Doy un sorbo al café al mismo tiempo que me bebo mis propias lágrimas—. Mañana es el día... y míranos.

—¿Qué puedo hacer, nena? —implora desesperado.

—Cáncélalo todo; no daré un paso del que hoy no estoy segura.

—Recuerda tus palabras —insiste con voz quebrada y las repite—: «Para que se disipen tus dudas, voy a recordarte por qué acepté tu propuesta, por qué decidí permanecer a tu lado. Quédate con todas esas sensaciones que despiertas en mí y olvídate de los miedos».

—Héctor...

—¿No las sigo despertando? Hoy esos miedos están más presentes, y no me perdonaré jamás haberte perdido. Lo eres todo para mí.

—No sé qué decirte.

—Que me quieres pese a todo y contra todo. Sé que tu decepción es, principalmente, por lo que te conté del día que te dije que te amaba, aunque te duela el desliz anterior... pero, si te sirve de consuelo, no recuerdo nada, ¡nada! Mi vida, te prometo que aquella noche no ha existido para mí como tú te imaginas, no en mi piel... sólo en mi cabeza, porque sé cuánto daño te hago, y en mi corazón, que está tan hecho añicos como merezco.

—No insistas, por favor. Ahora estoy desencantada, dolida, y nada de lo que te diga nos hará ningún bien...

—Ven a mi casa, se me está cayendo encima.

—Estás bebiendo —lo acuso, recordando que era su forma de huir de los problemas—. No te servirá de nada.

—Si te pierdo, es justo lo que tengo: ¡nada! Porque tú me lo diste y me lo das todo; porque a lo largo de estos meses me has hecho ser otra persona, lejos de la que ambos odiábamos. Quiéreme, nena, por favor.

—Ahora no puedo... Lo siento.

Termino la llamada, dejo la taza en la mesilla de enfrente y voy a por un ansiolítico; necesito dormir y borrar ciertas imágenes. En vez de acostarme en la cama de mi habitación, me encierro en el cuarto de Silvia, con un pijama de Marta. Las echo de menos como nunca antes.

Cierro los ojos y me tumbo de lado.

Lo amo demasiado, pero imaginarlo con otra mujer, aunque suene posesivo, cuando ya era mío, me destroza. Sobre todo, la mentira.

Me recuerdo haciéndonos el amor después de su declaración y no lo soporto. Horas después, manos desconocidas lo acariciaban mientras yo era feliz en mi ingenua burbuja. Él permitió y cometió el error de que otra imprimiera esas huellas, que no debieron existir en su piel, desterrando las que yo con tanto amor había intentado tatuar en ella.

* * *

Cuando abro los ojos, creo estar soñado. Parpadeo repetidas veces, pero es real. Ellas están aquí, acurrucadas a mi lado; Silvia, a mi izquierda, y la pelirroja, a la derecha. Están preciosas, con un brillo especial en las miradas, aunque tristes al verme así.

Tenemos un vínculo tan único que sobran las palabras.

—No íbamos a fallarte —susurra Silvia, y me retira mechones de pelo de la frente—. Nada de lo que te diga menguará este dolor, rubia, y se me parte el alma al encontrarte así cuando tendríamos que estar celebrando... Héctor está borracho, Carol, casi inconsciente. Álex y Nacho han tenido que meterlo en la bañera para que volviera en sí. Ha llamado a su hermano llorando, gritando que te perdía.

—¿Cómo ha podido hacerme esto sabiendo cómo soy y cómo pienso?

—A estas alturas sabrás que no somos las mejores dando consejos —interviene Marta, sonriendo, para quitarle hierro al asunto—. Tampoco nos sentimos capaces de juzgarlo, pues ambas hemos fallado de una manera u otra a Nacho y Alexander... Todo es tan complicado...

—¿Y qué hago? —suplico, abrazándolas.

—Lo que sienta tu corazón —dicen al unísono.

El problema es que mi corazón está tan confundido como yo; tan dolido y decepcionado que no podemos perdonarlo, pero ya lo añoramos pese a su traición y ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Te he traído el diario, como prometí —comenta la pelirroja con un tono de voz diferente, ¿tierno quizá?—. Te gustará.

—Más de lo que imaginas —apostilla Silvia—. Sobre todo, el final.

Les sonrío y nos quedamos así un rato más, pero, siendo sincera, necesito soledad y a las cinco de la tarde se marchan en contra de sus voluntades, a punto de la lágrima...

Aun así, no doy marcha atrás.

Quedarme sola no es lo que espero y me lleva a pensar cosas que jamás me hubiera replanteado. Me pongo mi mejor vestido, uno blanco, y lo conjunto con una chaqueta de media manga. Busco los tacones más altos que tengo y me atuso el pelo hasta que consigo ondularlo.

Finalmente termino en el bar donde lo conocí, allí donde la vida de las mosqueteras cambió para siempre al toparnos con *ellos*. De lejos me parece ver a Nacho, ¿es él o son alucinaciones mías? En el pasado trabajé aquí como camarero y quizá, ahora que ha venido de visita, ha pasado a saludarlos... Cuando decido acercarme para decirle hola, ya no vuelvo a verlo. No sé si él se habrá dado cuenta de que era yo, pero no me preocupa lo más mínimo que pueda comentárselo a Héctor...

—Un Cosmopolitan, por favor —le pido a la camarera sin importarme que sea temprano... Estoy hecha polvo y quiero olvidar.

—¿Carolina? —Me doy la vuelta para ver quién me llama. Frunzo el ceño. Es un chico rubio, alto—. ¿Te acuerdas de mí? Soy Liam, coincidimos el último año de universidad.

—Ah, sí, sí, perdón, no es mi día... ¿Qué tal todo?

—Muy bien, ¿y tú? —Señala el taburete contiguo—. ¿Puedo?

—Claro...

Pillo mi Cosmopolitan y miro a mi nuevo acompañante. No sé cómo no lo he reconocido. Estuve el año completo obsesionada con él; nos llevábamos bien, pero tenía novia y me marcaba mis propios límites, protegiéndome para no sufrir tontamente... aunque siempre hubo un *feeling* especial entre los dos.

—¿Vives aquí, en Madrid? —me pregunta, rompiendo el hielo.

—Sí, dejé Murcia.

—Yo hace seis meses que me vine a vivir a la capital por trabajo. Me separé de Sara hace un año y voy y vengo a menudo. Tenemos un niño de dos añitos.

—Vaya, felicidades y lo siento... Quiero decir... Ehh, Liam, la verdad es que no estoy en mi mejor momento. Creo que me voy a ir. Ha sido un...

—¿Estás llorando? —Me limpio las lágrimas y bebo con amargura el último sorbo de la copa—. Oye, ¿qué pasa?

—Iba a casarme mañana, pero anoche me enteré de cosas que me están matando. No sé dónde ir para huir de tantos recuerdos.

—Eh, para. —Me levanta el mentón y cierro los ojos, recreando de nuevo y sin querer la escena que me atormenta de Héctor con otra—. Carolina, relájate, por favor. Me estás asustando. ¿Te apetece dar un paseo? ¿Salir un rato?

—Sí —es lo único que soy capaz de decir. La presión en el pecho y el nudo en la garganta no me permiten hablar—. Gracias...

—No hay de qué. Dame un segundo para que pague la cuenta.

Camino hacia fuera y lo espero en la puerta. Hay mucha gente; es viernes y el ambiente está caldeado. Mi móvil no deja de sonar, mensajes de Silvia, Marta, Alexander e incluso Nacho me bombardean el WhatsApp por separado... Cojo aire y los leo uno por uno.

Silvia: ¿No crees que sería mejor que estuviésemos juntas en estos momentos? No quiero molestarte, pero tampoco dejarte así. ¿Voy a tu casa?

Marta: Carol, ¿dónde estás? He venido a buscarte y el piso está vacío. Dame la ubicación; no hagas ninguna tontería, por favor.

Alexander: Sabes que en el pasado te habría dicho que lo dejaras, que se lo merecía... Sabes cuánto te aprecio y te puedo asegurar que esta vez Héctor no fue consciente de sus actos; no debió beber, eso es cierto, y se equivocó al no marcharse cuando coincidió con ella en el bar, en eso también te doy la razón. Quizá son excusas que escuchamos a diario, también, pero en esta ocasión pongo la mano en el fuego por él a pesar de haberme mentado. Piénsalo con calma... os queréis y a veces... hay que valorarlo todo, no sólo el error, por imperdonable que parezca según nuestros propios principios. Recuerda a Silvia y Marta. Reflexiona con frialdad, por favor. No tiene por qué repetirse todo.

Nacho: Te he visto, lo siento... No puedo quedarme de brazos cruzados.

No respondo a nadie y guardo el teléfono.

Cuando Liam sale, trae una botella de agua pequeña en la mano; la abre y me la acerca a los labios. Sus manos me sostienen con delicadeza por el cuello, sonriéndome como hacía antaño.

La impotencia al recordar que a esta hora tendría que estar descansando, fantaseando con la boda que siempre soñé y a punto de dar el «sí, quiero» me domina y el despecho se apodera de mí.

Héctor se encontró con una vieja amiga y pasó, ¿no? Nos hallamos en el mismo punto. No debo, pero acepto la cercanía de Liam sabiendo que nuestro encuentro quizá terminará en algo que nunca culminó en el pasado, que no debería suceder en el presente y que el sentimiento de culpabilidad me acompañará en el futuro.

Tal vez, entonces, pueda perdonar a Héctor.

Cuando sienta lo que yo estoy sintiendo por su traición y sus mentiras.

6. Una noche tonta

Recién llegada del trabajo y sola, puse una canción de Fergie y me di una ducha. Habían pasado más de dos meses y medio y no tenía noticias de él, por una vez había respetado la decisión de una mujer... O quizá sucedió que, después del beso, se dio cuenta de que no podría ofrecerle nada que no hubiera probado ya... Me tumbé en la cama sin apetito para cenar y revisé los correos del trabajo. Mi corazón se aceleró al ver que el móvil me notificaba un wasap de Héctor.

Héctor: He hecho algo que no sé si está bien, pero sí es lo correcto.

Carol: Vaya, hola. Tú por aquí... Una pregunta: ¿Y qué tengo que ver yo en ello?

Héctor: Nada, es con mi hermano, pero necesito desahogarme. Echo de menos hablar contigo.

Carol: ¿Hablar? A ti te interesan otra cosas, no hablar.

Héctor: ¿Y si te demuestro que no invitándote al cine?

Carol: Déjalo, Héctor.

Héctor: Por favor... te recojo en media hora. Ponte guapa, rubia.

¡El colmo!

¿Cómo podía tener tanto morro? Me dije que no, que no merecía la pena. Entonces recordé que había mencionado a Álex... que estaba en plena crisis con Silvia, y ésa fue la excusa para aceptar la invitación.

Para la ocasión elegí un vestido azul, con zapatos de tacón y, cómo no, el cabello suelto. Era muy clásica vistiendo e innovaba poco, aunque siempre iba elegante y a la moda.

Cuando bajé y nos encontramos por primera vez después de tantas semanas, el estómago se me agitó y se me escapó un suspiro... Estaba muy guapo. Chaqueta roquera y esa sonrisa picarona eterna.

—¿Subes o te subo? —me invitó al coche. Asentí y entré por mi propio pie—. Vas aprendiendo, nena.

—No empieces y no me llames así...

—Me gusta. Y, tranquila, que esto no ha hecho más que empezar.

Rodé los ojos y me acomodé en su Mercedes. Le gustaba alardear de lo que poseía, por lo que no mencioné que su nuevo coche era precioso... El camino fue en silencio, aunque las miradas furtivas se sucedieron. Una vez que llegamos, me sostuvo por la cintura, guiándome hacia la zona de la taquilla. Y sí, volví a temblar recordando cómo me sentí cuando me besó y me rozó la primera y última vez que lo hizo.

—Elige la que quieras —mencionó señalando la cartelera de películas—. Tú mandas.

—¿Y esta amabilidad?

—Aprovecha, tengo una noche tonta. —Me guiñó un ojo—. ¿Y bien?

—Ésta...

Por supuesto elegí una romántica esperando su negativa, pero se mantuvo impasible, adquirió las entradas y un poco de picoteo bajo mi atenta y asombrada mirada. ¿Quién era ese Héctor?

¿Tanto le estaba afectando el tema con su hermano? Me parecía excesivamente callado, pensativo, algo que no me gustó.

—Me esperaba más romance, la historia es un poco lenta —le comenté una hora después, ya en la sala, mientras comíamos palomitas de colores, mis preferidas—. ¿Q-qué haces?

—No me interesa la película, no sé ni de qué va. Busco otra cosa.

—No, Héctor, suéltame... En el mensaje has dejado claro lo contrario —siseé, retirándole la mano de mi rodilla desnuda en medio de aquella estancia oscura—. B-basta... que nos van a ver.

—Chis. —Me obligó a callar, posando sensualmente un pulgar en mi boca, derritiéndome—. Sabes qué va a pasar, lo estás deseando tanto como yo. Quedarse con las ganas no es bueno, nena.

—No, se acabó. No sé ni por qué he aceptado la invitación.

—¿De verdad no lo sabes?

Con los nervios a flor de piel, me levanté y salí huyendo de la sala de

proyección. No tardé en encerrarme en el solitario baño. Me miré en el espejo; estaba sonrojada, por lo que me refresqué.

Al levantar la mirada, él estaba allí, detrás de mí.

—No valgo para esto, Héctor, no soy mujer de una noche...

—¿Y de dos? —bromeó acercándose.

—N-no me gustan estos juegos.

—Quizá estos otros sí.

No me dio tiempo a preguntarle de qué hablaba.

Me empujó hacia uno de los cubículos de aquel baño y me empotró contra la pared una vez hubo cerrado la puerta. Me miró de frente y supe que no tenía escapatoria; sería la primera vez en mi vida que haría algo así y la adrenalina que sentí fue devastadora.

—No luches contra tus instintos, rubia. ¿No ves que no puedo más? Desde que te conocí, tu resistencia me vuelve loco. Necesito tenerte.

—Soy un reto para ti —asimilé decepcionada y asustada por el poder de control que ejerció sobre mí—. En cuanto suceda, se acabó la magia, ¿no?

—No lo sé. Descubrámoslo.

Me enfrentó a mis propios miedos, pero permití que aquella húmeda boca se posara en la mía y provocara que mi cabeza diera vueltas. La deseaba tanto desde que la probé que creí que iba a morir sintiéndolo de nuevo así. Apenas podía respirar; estaba agitada, sobre todo cuando se sacó el preservativo del bolsillo y lo abrió con los dientes; una imagen que jamás podré olvidar...

Me daba tanta vergüenza entregarme en un baño, con el vestido subido hasta la cintura y su mirada devorándome... Sin embargo, cuando entró en mí, toda duda se disipó y el placer me superó.

—Madre mía, rubia, estás empapada... —gruñó acunándome la cara, con expresión salvaje, dura—. Muévete o me volveré loco.

—Espacio...

—No puedo, me tienes demasiado excitado, pero prometo no lastimarte. Eres tan frágil que parece que te vas a romper...

—No te detengas —terminé suplicando, besándolo, exigiéndole más—. Héctor...

—Joder, joder.

—No quiero una noche tonta —le recordé la frase—, quiero más.

Nos sonreímos sin aliento al tiempo que nos entregábamos sin reservas, pero no fue sólo morbo, allí me enamoré perdidamente de él.

Cuando lo miré a los ojos mientras me hacía suya, lo descubrí.

* * *

Con el paso de los días, lo extrañaba más y más y esperaba sus llamadas, pero Héctor iba y venía... y yo no me concentraba ni con mis amigas, por lo que, algunos días después de aquella primera vez juntos, me encerré en mi habitación y le escribí.

Carolina: Hola... No sé nada de ti. ¿Nos vemos esta noche?

Héctor: No puedo. Tengo otros compromisos. Mañana hablamos.

Carol: Está bien, espero no haberte molestado.

Héctor: No, claro que no. ¿Qué estás haciendo...?

Carol: ¿Adivínalo? Con Marta, de fiesta de pijamas, y la muy burra casi incendia la casa. Así que ahora, más que de pijamas, es fiesta de ropa interior. El calor se ha apoderado de nuestro piso. ¿Cómo lo ves?

Héctor: ¿Estás en braguitas?

Carol: Sí... pero no se lo digas a nadie.

Héctor: Acaso esto no será un intento de provocarme, ¿no?

Carol: ¿Me crees capaz? Yo soy más de cosquillitas, de caricias... de mimos.

Héctor: Gracias por recordármelo. Una pena que hoy no pueda ir.

Carol: ¿No podrías buscar un hueco para verme? Me apetece mucho pasar la noche contigo.

Héctor: Te he dicho que no puedo, no insistas, ¿de acuerdo? Déjalo estar.

Carol: Está bien, gruñón. Cuando te pones de mal humor, me gustas más; tus ojos verdes adoptan un brillo maligno, y tus facciones se vuelven más salvajes de lo que ya son. Además, los músculos de tus brazos se acentúan hasta casi reventar la camisa.

Héctor: Rubia, déjalo, que me estás poniendo muy nervioso.

Carol: ¿Te digo algo? Enfadado eres todo un seductor...

Me sentí patética buscando el modo de convencerlo.

Héctor: ¿Puedes parar de una vez?

Carol: Seré buena. No te olvides de llamarme mañana, ¿vale? Un besito...

Pero no llamó.

No volvió a dar señales de vida hasta pasados unos días.

7. A veinticuatro horas

Liam me guía hasta la cafetería que está en la acera de enfrente y, justo cuando vamos a cruzar, alguien tira de mi brazo y me aparta de él. Los dos nos giramos creyendo que se trata de un atraco... Héctor está aquí, con los ojos desencajados, el cabello mojado y vestido de chaqueta, aunque desaliñado. Me observa horrorizado ante mi comportamiento. A mi acompañante ni lo mira, es en mí en quien centra toda su atención y energía cuando, acelerado, me reclama:

—¿De verdad, a un día del enlace, me harías esto? —Intento soltarme. No me lo permite—. Sé que eso no lo justifica, pero no compares el momento del inicio de nuestra relación con el de ahora. ¡Estás o estabas a punto de ser mi mujer! ¿En serio podrías dejar que otro te tocara hoy?

—Tú pudiste engañarme el mismo día que me hiciste el amor, confesándome que me amabas y que me cuidarías; era mentira...

—¡Te he dicho que fue un error! No cometas tú el mismo, cariño.

—Lo has echado todo a perder y nada tiene sentido.

—Entonces no tires por la borda lo bonito que nos queda, la pureza que tú le has dado a esta relación —suplica y me acuna la cara. Lo rehúyo a duras penas—. Déjame que te lleve a casa y te haga entender por qué no podrías, que te haga olvidar lo sucedido, el último recuerdo que tienes de mí en la intimidad. Por favor, nena, no nos hagas esto. Ven conmigo. Voy a perder la cordura, mi vida.

—No sé qué hacer...

—Dime que puedo llevarte a tu casa; no te quedes aquí, no con él. ¿De acuerdo? —Cierro los ojos y asiento, avergonzada con Liam. Finalmente, Héctor abandona la contención y se dirige a él—. Gracias por cuidarla en mi ausencia, pero no era necesario.

Me despido de éste con la mirada y sigo los pasos de Héctor, observándolo sin poder dejar de pensar en lo mucho que lo amo y lo que me hace sufrir esta situación. ¿Estoy exagerando? Ya no lo sé, pero duele. Una vez en el coche,

aprieta con fuerza el volante, sin quitar los ojos de la calzada. Parece ido, dolido y resignado.

¿Y cómo me siento yo? ¿No lo valora?

Llegamos a mi casa; él me abre la puerta del coche y me invita a salir. Una vez frente a frente, me acaricia la mejilla, pero hasta ese tierno gesto escuece. No olvido que esas manos pasaron por el cuerpo equivocado mientras yo soñaba con su inesperada propuesta.

—Te amo, Carol. Lo siento tanto...

Asiento y camino hacia el portal, para subir luego las escaleras. Cuando llegamos arriba, me debato entre cederle el paso o pedirle que se marche. Quizá esta conversación no nos lleve a ninguna parte y empeore la situación, pero en el fondo busco desesperadamente la manera de que me haga olvidar el infierno en el que estoy ardiendo.

No quiero que la historia se repita. Anhele un final feliz.

Entramos y voy directa a mi habitación, me quito los zapatos y me desmaquillo, abochornada por la actitud de mujer despechada y con aires de venganza que he tomado. Yo no soy así y me avergüenzo de ello. ¿Cómo he podido pensar por un momento siquiera en liarme con Liam para devolverle el golpe a Héctor, para que sintiera el dolor que yo siento?

Cuando él lo hizo, acabábamos de formalizar la relación; no es excusa, pero lo cierto es que mañana podría haberme convertido en su mujer. ¿Cómo me he dejado llevar por la desesperación para barajar la posibilidad de pasar la noche con otro? Si no soportaría su toque...

—Nena.

Héctor se arrodilla ante mí.

—Perdóname. No sabes el daño que me hace imaginar qué hubiera pasado de haber llegado más tarde, de no haber conocido tu paradero. Lo merezco, pero duele. ¿Qué piensas? Háblame, por favor.

—Que no puedo entender por qué lo hiciste. —Niego a medida que hablo—. ¿Sabes lo que es saber que unas horas después de hacerme el amor te estuviste follando a otra? ¿Que mientras yo te extrañaba, tú gozabas? Me da igual si mucho o nada. Me mentiste y has guardado este secreto hasta ahora.

—Te amo —insiste con dureza—. Me equivoqué y no, no sentí...

—¡Cállate!

Hago amago de levantarme, pero Héctor me tumba hacia atrás y aplasta con desesperación su boca contra la mía. Intento apartarlo, lo golpeo hasta que el

llanto trona y nuestras lágrimas se mezclan en los labios del otro. Y me rindo, ¿debería? No lo sé, pero lo hago porque lo quiero; pese al rencor que me consume, lo amo demasiado y me destroza verlo así, aun sabiendo que solo él es el culpable.

—Te amo, nena, y no sé cómo explicarte lo arrepentido que estoy, lo mucho que te necesito a mi lado cada día de mi vida... ¿Qué puedo hacer? No quiero perderte, cariño, lo eres todo para mí.

Lo miro a los ojos, permitiendo que friccione su nariz contra la mía.

—No he cancelado nada; me merezco quedarme allí, sin ti.

—Héctor...

—¿Qué puedo hacer para convencerte? —me pide desconsolado—. ¿Cómo lo intento por última vez antes de salir por esa puerta sin saber qué va a pasar con nosotros después de lo mal que lo he hecho? ¿¡Cómo!?

—Confíesamelo sin palabras...

—¿Qué?

—Las palabras siempre han sobrado entre tú y yo... Ámame como sólo tú sabes hacer. Quizá entonces descubramos si podemos salvar...

—Chis... —Me besa. Sollozo—. Chis, nena. Voy a demostrártelo.

Nuestros labios se amoldan al otro en medio de un llanto que no cesa y sé que no cesará en la intimidad que estamos compartiendo.

Cuando se retira, no dice nada, se mantiene en silencio. Ambos estamos sin respiración, asustados ante un futuro incierto, estremecidos como la primera vez que nos tocamos. Regresa de nuevo y me besa.

—Ven —pide sin voz—. Necesito borrar el recuerdo del otro día.

Me ayuda a incorporarme y se posiciona detrás, bajándose la cremallera del vestido. Mi piel de gallina es evidente; su toque siempre ha sido una de las sensaciones más grandiosas que he experimentado jamás y hoy, contra todo pronóstico, sigue sucediendo.

Desliza la tela por mi piel, obligándome a tumbarme para poder desnudarme por completo. Instintivamente, me cubro el pecho con los brazos en cruz. Héctor gruñe y niega con la cabeza.

—No te escondas de mí, nena; me partes en dos.

—No puedo...

—Déjame intentarlo, por favor.

Con delicadeza, coge mis manos y las aparta, quedando expuesta ante él. Se aprieta la sien y, frente a mí, empieza a desnudarse, con esa chulería que a veces,

sin querer mostrar, lo caracteriza. A medida que cada prenda va cayendo, mi cuerpo se agita más. Lo deseo en toda su plenitud y con todos esos defectos que en ocasiones nos hacen tanto daño. Cuando ya no tiene nada más de qué desprenderse, se tumba a mi lado y me besa la nariz, resbalando su mano izquierda por mi piel al tiempo que me exige que lo mire a los ojos. Me sonrío forzosamente, descendiendo su boca hasta bordear mis pezones. Dejo escapar un gemido y no sólo de placer, sino también de sorpresa ante la humedad que desprenden sus ojos y que aterrizan en mis pechos.

—Ya, Héctor —intento calmarlo, sin estarlo yo misma.

—Te estoy perdiendo...

Sus dedos bajan hasta el centro de mi sexo, obligándome a curvarme, sobrepasada por las cosquillas que se apoderan de mí. Héctor juguetea con mi intimidad, acariciándome en círculos, volviéndome loca cuando introduce con sensualidad un dedo sin abandonar el reguero de besos que está imprimiendo en cada centímetro de piel que recorre. Emocionada por cómo me estoy entregando a él, estiro la mano y rozo con la yema de los dedos su cuello, hombro, torso, bajando por su vientre, de camino hacia su hombría. Héctor busca mi mirada, esperanzado. Finalmente, lo toco, friccionando la punta sin apenas poder tragar, disfrutando de la sensación de sus caricias.

—Necesito estar dentro de ti —susurra entre quejidos—. ¿Puedo?

—S-sí...

Me cubre con su cuerpo y entonces empieza a penetrarme tan lentamente que duele, conmoviéndome con su excesivo tacto. Lo rodeo con las piernas y envuelvo su nuca con mis brazos, yendo a su encuentro hasta que lo siento en lo más hondo de mí.

—Mi vida —masculla, y apoya su frente en la mía—, perdóname.

—No lo menciones... no ahora.

Nos movemos al mismo compás, como si realmente, como él ha mencionado otras veces, nuestros cuerpos estuviesen hechos para encajar en uno solo, como las piezas de un puzzle... destinados a estar juntos.

Me llena una y otra vez, embistiéndome tan despacio hasta casi sentir que perdemos la razón. Pero no aumentamos el ritmo; esto es hacer el amor, como necesitamos hoy, demostrarnos sin palabras y a través de la piel si somos capaces de pasar página y desterrar lo sucedido. Eso que él no recuerda y que yo proyecto con facilidad.

—No puedo más —confieso entre lágrimas.

—Acógeme, nena, y déjate ir para mí.

Lo obedezco sintiendo cómo una oleada de placer me consume y me arrastra al abismo, excitándome más a medida que percibo cómo los músculos se le contraen y nos rompemos juntos, a la vez.

—Así, cariño, así —gruñe con voz rota.

Aprieto muy fuerte los párpados, con la certeza de que ya tengo la respuesta que tanto buscábamos y perseguíamos con este acercamiento, aunque las dudas me siguen acechando. ¿Y si me equivoco?

Pero Héctor me besa, me besa y me besa mientras se vacía en mi interior, tratando de borrarlas y, por un segundo, lo consigue.

Entre temblores, me abraza, aunque yo me mantengo con los ojos cerrados. Cuando los abro, él está observándome con el arrepentimiento marcado en sus perfectas facciones.

—Recuerda lo que hemos vivido —suplica, y abandona un beso en mi corazón—, lo que hemos sentido y, por favor... te espero en el altar, pero sólo si has sido capaz de perdonarme. De hacerte olvidar me encargaré yo el resto de nuestras vidas. Nena, me dejaré la piel en ello.

—Héctor...

Se incorpora y, quizá más sensato de lo que jamás haya sido, añade, evitando volver a derramar más lágrimas en mi presencia:

—Chis, piénsalo. No te dejes llevar por este momento, porque la realidad es otra —me pide tan triste que me rompe el corazón—. Te amo, cariño, y nadie me llena como tú. No lo olvides, ¿vale?, pero piensa si a ti, después de mis errores, te sucede lo mismo.

—¿Te estás despidiendo de mí para siempre? —pregunto alarmada.

—No, porque te perseguiré hasta que vuelvas a confiar en lo nuestro; sólo quiero que te valores por encima de mí. No me merezco otra cosa. —Coge su ropa y, antes de salir, susurra—: Tu cuerpo no es lo único que deseo, y no lo aceptaría si tú estás rota por dentro.

—Y por ello te vas...

—Te espero pronto de vuelta, nena, si no es en el altar, cruzaré el mismo infierno para recuperarte. Tienes veinticuatro horas antes de tomar una decisión... Pero recuerda que no me resignaré a vivir sin ti, Carol. Nunca. No mientras tú sientas lo mismo que yo.

8. Una historia real

—No merece la pena estar así por un tío y menos por Héctor Muñoz —me amonestó Marta mientras íbamos del trabajo a casa. También éramos compañeras en la empresa—. ¿Te estás viendo? Te dije que no te confundieras, lo mío con Nacho...

—No te pongas como ejemplo —le advertí sabiendo que se arrepentiría de cómo llevaba su aventura con el rubiales—. Pero tienes razón, voy a hablar con él; esta incertidumbre de no saber cuándo viene me está matando, y no puedo seguir así, acabaré enferma.

—El amor es malo, muy malo, entérate.

—Y los sentimientos incontrolables —musité mirándola—. Nunca debí caer en su trampa. Me utiliza cuando le apetece.

—Mientras, estará con otras.

—No —respondí con rotundidad, doblando la última esquina antes de llegar hasta nuestro portal—. Héctor me lo prometió.

—Por un polvo se prometen miles de cosas. Carol, no seas ingenua, ¿va a estar guardándote fidelidad cuando no sois nada?

—Lo dejamos claro desde el principio: si quería estar con otras, debía mantenerse alejado de mí. —Saqué las llaves, molesta. No soportaba el hecho de imaginarlo en otros brazos al mismo tiempo que recurría a los míos—. Sé que esto no es una relación, pero tampoco soy un juguete.

—Pues ponte de una vez en el lugar que mereces.

Sabía que la pelirroja tenía razón; cada noche me desvelaba esperando un mensaje de Héctor, una llamada. En ocasiones lloraba, con una opresión en el pecho y sin entender por qué no venía a calmar mi angustia. No le había confesado que estaba enamorada de él, pero ¿hacía falta? Se me notaba... Aun así, no parecía importarle.

—Hablando del rey de Roma —farfulló Marta. Miré al frente y lo vi, esperando en la puerta de nuestro piso. Me volvían loca sus idas y venidas—. Conmigo podías haber dado, Héctor, que te ibas a enterar.

—¿Y a ti qué te pasa? —replicó él.

Le dediqué una mirada severa a Marta, pidiéndole en cierto modo que nos dejara solos. No podía seguir así... apenas comía, no dormía suficiente y en el trabajo me pasaba factura mi bajo estado de ánimo.

—¿No me vas a dejar entrar? —preguntó Héctor alzando una ceja, y me atrajo hacia él por la cintura. Me liberé—. ¿Qué haces?

—Quiero que dejes de venir...

—¿Qué? —Negó atrapándome con ambas manos, arrinconando las mías detrás—. Tú no quieres esto. No permitas que la opinión del resto te influya. Sé sincera contigo misma.

—Se trata precisamente de mí, Héctor; me duele.

—¿Qué te duele? —Lo vi tragar, mirándome a los ojos—. No me jodas, rubia. No lo compliques todo queriendo más. Sabemos que eso no es posible y en el fondo sólo estás confundida. Eres así de romántica.

—No sé controlarme como tú —le reproché forcejando con él—. ¡Suéltame! Basta ya de venir e irte cuando te dé la gana. No puedo seguir con esto, se acabó.

—Y yo no quiero dejarlo, no aún.

—Aún —repetí decepcionada—. ¿Debo esperar hasta que seas tú quien ponga punto y final a esta mierda que tenemos?

—No vayas de profunda.

—¡No voy de nada, lo soy! —Le di un empujón, quedando libre de esas manos que eran mi perdición—. ¿No ves que me estás haciendo daño, que te echo de menos cuando no estás, que deseo con desesperación que me busques y solamente vienes cuando...?

—Cállate, y no, por favor, no llores. No lo soporto.

—Entonces vete.

Negó una y otra vez, sin asimilar que fuese yo la que terminara con aquella locura. Me cogió por una muñeca, me arrastró hacia dentro de la casa y me llevó hasta mi habitación. Suerte que Marta estaba en el baño y no lo vio o lo hubiese echado a patadas.

Al intuir qué pretendía, le pedí que abriera de inmediato... porque sabía que más tarde sería incapaz de negarme.

—Te voy a demostrar que quieres que siga viniendo, que me deseas tanto como yo a ti y que esto no es más que un enganche sexual —me advirtió muy serio. Se quitó la chaqueta y la dejó caer a sus pies—. Ven, hablemos en nuestro

lenguaje, desnudos, rubia.

—No puedo, Héctor. —Me senté en la cama y me cubrí la cara con las manos—. No me lo pongas más difícil.

—Vendré más a menudo, si eso es lo que quieres. —Percibí su aliento en mi oído. Se había subido en la cama, detrás de mí—. No me eches tan pronto de tu vida y no me llores, por favor. Te juro que siento ser tan egoísta, pero todavía no me quiero alejar de ti.

—B-basta, Héctor...

Me encogí cuando empezó a imprimir un reguero de besos por mi cuello, rodeándome la cintura con las manos. Fue un gesto tierno, el más delicado que jamás había tenido conmigo, lo que rompió mis barreras.

—Intentaré complacerte —musitó sin apenas voz—. Seré atento.

—Yo necesito a alguien que me quiera...

—Pero tendrás que conformarte con esto —gruñó—. No sé querer.

* * *

Los días volaron, dándole la razón. No sabía querer, no cambiaba en ningún sentido. Pasaba la noche conmigo, me hacía el amor, se acurrucaba, se mostraba atento, pero cuando se iba... tardaba en regresar. Eso no era vida, no para una mujer con las ideas tan claras como yo, de modo que, la siguiente ocasión que se presentó en mi casa, la escena que protagonizamos me pareció un *déjà vu*, pues ya la habíamos vivido, aunque el final iba a ser muy diferente.

—¿Puedo pasar? —preguntó. Estaba raro, apenas me sostenía la mirada, pero no me importó que pareciera tan vulnerable—. Carol...

—Me ha dejado de gustar este juego, ¿sabes? —confesé apoyando la sien contra la puerta. Iba en camisón, con la melena recogida—. Te dije que no servía para esto y hemos llegado demasiado lejos.

—Chis. Ni si te ocurra poner punto y final ahora que soy consciente de que te quiero, porque acabarás conmigo, nena.

—¿Q-qué? —me trabé, palideciendo—. N-no te burles de mí. ¿Vas y me lo sueltas así, sin más? Estás mintiendo.

—No lo hago. Te quiero como sé que tú a mí y, aunque a veces soy un estúpido que no te merezca, prometo desde *ahora* —recalcó cogiéndome la mano— tratarte como necesitas... mimarte hasta cansarte, porque yo no lo haré.

Me rindo, Carol. Y sí, lo suelto de este modo porque no sé hacerlo de otro. Lo único que tengo claro en mi vida es que te quiero como no sabía que se podía querer a una persona que llega de la nada para convertirse en todo.

—Héctor —sollocé temblando.

—Dime que sí, por favor. Estoy asustado.

Cogí aire y me acerqué.

Parecía que estaba hiperventilando, y yo no me encontraba mejor.

—¿Puedo confiar en ti? —Tragó saliva al tiempo que friccioné mis labios contra los suyos con esa dulzura que me definía—. ¿Juras que no me defraudarás? Sé sincero, Héctor. No quiero sufrir, sólo sentir algo bonito, intenso... Busco una historia real.

—Y te la voy a dar, te lo prometo.

Nos fundimos en un beso que me dejó sin aliento y declaré:

—Te amo, Héctor... He aprendido a amarte y te enseñaré a que me ames de la misma manera. Sin límites, aunque duela.

—Ya lo hago... y tienes razón, duele demasiado.

9. ¿Merece la pena?

La habitación sigue oliendo a él cuando me siento capaz de ponerme de pie. Envuelta en la sábana con la que el propio Héctor me ha dejado arropada, voy hacia el antiguo dormitorio de Marta, donde está preparado mi vestido de novia. Con un nudo en la garganta, abro la puerta... Es blanco, con flores de encaje en un tul bordado, precioso; corte de sirena y un escote cubierto en esta ocasión por un tul de tela de cristal... Los zapatos de tacón son casi transparentes, como los de las princesas. Todo está listo para una boda de ensueño...

Lo acaricio con la yema de los dedos y vuelvo a venirme abajo.

¿Qué es lo que quiero? ¿Qué necesito pese a lo sucedido?

Conteniendo el llanto, regreso a mi cuarto y dejo en la anterior cada detalle que he preparado con ilusión, que no sé si mañana luciré como planeaba. Me miro en el espejo y un profundo rechazo me aborda; me veo llorosa, demacrada. No es lo que esperaba en una noche como la de hoy... Abro el cajón y saco el álbum de fotos que tenemos Héctor y yo. La primera de él besándome la frente me encoge el corazón, y la siguiente, en la que aparece haciéndome cosquillas, propicia que me dé un vuelco. Sopeso si podré perdonarlo de verdad, si seguirán prevaleciendo todos esos momentos en los que sonrío feliz gracias a él, a un error de su pasado... en el que yo ya estaba presente, sí, pero quizá sin que creyésemos que realmente tendríamos un futuro.

¿Merece la pena echar por la borda un amor tan grande por esa equivocación que ambos hemos intentado borrar?

Veo sus ojos en una de las fotografías y no puedo evitar reconocer el miedo que decía abrigar; yo también lo sentí, pero lo respeté en todos los sentidos. No me dejé llevar por el miedo de esos nuevos y desconocidos sentimientos que nacían entre nosotros para engañarlo con otro... ¿Entonces? ¿Qué he de hacer? ¿Miro hacia adelante y entierro para siempre su desliz?

¿Seré capaz?

Estoy hecha un mar de dudas y, a pesar de haber pedido estar sola, la soledad me supera, de modo que cojo el diario de Marta con la intención de reírme un poco con sus aventuras y dejar mi mente en blanco. Entonces recuerdo las palabras de Silvia sobre el final y busco entre las páginas las últimas líneas escritas hace apenas unas horas. El llanto se torna incluso mayor, pero esta vez de felicidad, al leer:

A Nacho y a mí la noticia nos ha pillado por sorpresa, la verdad es que me cuesta creérmelo, ¡estoy embarazada! No sé si estoy preparada, pero intentaré estar a la altura.

Sin contener la emoción, escribo en el grupo de las chicas.

Carolina: Peque, ¡felicidades! ¿Qué puedo decirte? Estarás a la altura, y nosotras, a tu lado, apoyándote, no lo dudes. Me has dejado impactada. ¡Cuántas ganas de abrazarte!

Marta: Gracias, mi rubia favorita, pero yo sigo esperando que nos pidas algo más...

Carolina: ¿El qué?

Silvia: ¿Quieres que pasemos la noche contigo?

¿Cómo decirles que no, si es lo que deseo con todas mis fuerzas? Estoy cansada de hacerme la valiente y cargar con este peso, harta de hacerles creer que sola puedo con todo cuando no es verdad.

Carolina: Sí, por favor... Os necesito.

Silvia: Y ahí nos tendrás en esta noche tan complicada que haremos especial, puedes estar segura; así somos las mosqueteras, ¿recuerdas? En las buenas y en las malas, siempre.

Asiento para mí misma; una para todas y todas para una.
Entonces levanto la mirada y sobre el escritorio veo una hoja de papel.
Nerviosa, la sostengo entre los dedos.

Es una carta escrita del puño y letra de Héctor... Sollozo.

Mi hermano me ha aconsejado que sea sincero contigo y me ha animado a que luche por lo nuestro, pero no sé cómo decirte todo lo que siento.

Un amigo llamado Nacho me ha dado esta opción; no sé si funcionará, pero no olvides nunca cuánto te amo, a pesar de no expresártelo con el romanticismo que esperas...

Sé que no te merezco, que esta noche no tendría por qué ser así: lo siento, lo siento tanto. Siempre pensé que no era hombre de una sola mujer... y llegaste tú; eras tan diferente y especial que me prohibí meter la pata, pero te deseaba, nena, me enloquecía estar a tu lado, me contenía como no te puedes hacer una idea. Besarte fue mi perdición, me asusté, me dio miedo lo que sentí, lo reconozco; aun así, no supe controlarme y llegó la primera vez que te tuve y no me saqué, quise más, mucho más. No me resignaba a quedarme sin ti y, cuando te vi llorar, el miedo aumentó y entonces metí la pata por primera vez. Me negaba a cambiar por una mujer (o así lo creí entonces, idiota de mí) como había hecho Álex, que estaba cegado por Silvia sin importarle el resto; él veía a través de sus ojos, obviando la realidad por no lastimar a la temeraria chica de la que se había enamorado, y yo no pensaba caer en la misma trampa. No sería, sentimentalmente hablando, esclavo de nadie. La mujer de piel clara y cara de ángel no sería la excepción.

Creí que descargándome con otra te irías de mi cabeza, no sólo tú, sino también ese sabor que quedó impregnado en mi boca para no marcharse jamás y el placer que me hiciste sentir con tu ternura al hacer el amor, pues aquello no era follar, únicamente lo fue la primera vez. Pero al despertar y ver que a mi derecha una melena oscura cubría la almohada contigua... No, aquel cabello no irradiaba luz con sus mechones rubios y no estaba acurrucada en mi pecho, apretándose contra mí y esperando mis buenos días... una escena que se sucedía últimamente... contigo. Y te eché de menos. Ahí me di cuenta de que lo ocurrido la noche anterior había sido un error y ya era demasiado tarde para poder enmendarlo. Si te lo cuento es para que sepas cómo me sentí... Soy gilipollas, cariño, lo sé. No quería perderte y me lo callé con la excusa de que no éramos nada... Poco después hablé con Alexander y me pidió que acabara con lo nuestro, recordándome que un hombre como yo sólo podría hacerte daño... Intenté dejarte tras la charla, ¿recuerdas aquel día? Te esperaba apoyado en el coche, en la puerta de tu empresa, cuando saliste a la hora del almuerzo hablando con la pelirroja de tu amiga. Ésta te dio un codazo al verme. Tú te tropezaste al darte cuenta de mi presencia. Siendo sincero, me puse nervioso; no tenía experiencia en aquello de cortar, porque, cuando no había relación, eso no era necesario. Con no volver a llamarte hubiera sido suficiente de no existir el vínculo entre tú y la mujer de mi hermano. Tenemos que hablar, te dije... y tú pensaste que estaba allí para sorprenderte al recogerte por primera vez en el trabajo... Sonreíste y no me sentí capaz de borrar la ilusión que irradiaba tu dulce rostro. A unos metros, Marta esperaba con los brazos cruzados; parecía advertirme de que no te rompiera el corazón. Y no pude. Con tu espontaneidad, saltaste a mis brazos. Tu aroma inundó mis fosas nasales, obligándome a estrecharte tan fuerte que temí lastimarte.

Lo cierto fue que, según transcurrían los días, más te necesitaba, pero no estaba preparado para ello. Tenía que frenarte, me decía una y otra vez. Te estabas enamorando, era obvio, y Alexander tenía razón: te haría daño y no lo merecías. Sin embargo, tampoco quería dejarte... no aún. Me estaba volviendo completamente loco. En el trabajo no pensaba en otra cosa que no fueras tú y, para colmo, el encargado de la revista en ausencia de Alexander era yo. Se había ido a Miami por negocios y, de paso, para poner distancia entre él y Silvia. No pasaban por su mejor momento y no me extrañaba, pues gran parte de culpa era mía... Pero ella, desobedeciéndome, fue en su busca, por lo que no dudé en llamarla para advertirla, pero fue Silvia quien me dijo las cosas claras a mí: «Tómame como referencia, a veces puede ser tarde, ¿no? Aplícate el cuento antes de que sea para ti. Andrés no existía, pero para Carol sí puede haber una persona que la valore como tú y yo no hemos sabido cuidar lo que tenemos...» Aquello me hizo reflexionar. Te imaginé con otro tipo y el estómago se me revolvió. La desesperación y el nudo en el pecho ante tal pensamiento me llevaron a recapacitar. Las palabras de Silvia me desgarraban de una forma tan dolorosa que apenas era soportable. Nunca había sentido nada igual. Me fui corriendo a

buscarte, arrepentido. Cuando me abriste, no me recibiste como siempre; parecías triste, ¿aburrida de lo nuestro, quizá? Me sentía mal por haberte fallado con anterioridad, a pesar de no tener una relación seria contigo hasta entonces, pero lo había prometido... Era un miserable, pero, si te lo contaba, te perdería; eso pensé. Y me diste el mejor regalo. Me besaste y, cuando pensaba que no podía sentirme más completo pese a mis secretos, me sorprendiste de nuevo, hinchando mi corazón de algo que nunca había sentido: amor. Me dijiste que me amabas y que me enseñarías, aunque doliera. Ya lo hacías y tenías razón... dolía demasiado. Aun así, metí la pata sin querer, sin saber; te juro que no sé qué pasó, sólo que desperté en una cama en la que no debía y que no estaba vacía, algo que nunca podré perdonarme si tú no lo haces. Porque no sólo te amo y te quiero, nena, sobre todo te admiro por ser cómo eres, tan especial...

Sé que no estoy hecho a tu medida, pero lo puedo intentar. ¿Y ahora qué?, te preguntarás... Te digo que, después de recordar los momentos más trascendentales de nuestro pasado, me enfrento a la actualidad. Ahora ya no hay más, éste es el verdadero Héctor, el que no se cree superior al resto, el que conoces. Soy yo, sin corazas, ante un incierto futuro; persigo desesperadamente una solución para seguir teniendo un presente para los dos. Sé que puedo hacerte feliz como lo había hecho hasta ahora. También soy consciente de que quizá nunca más me des la oportunidad de demostrártelo y me da miedo enfrentarme a esa realidad. Me da miedo no volver a despertar junto a ti. No soporto la idea de perderte, nena. Te pido que me perdones, que recuerdes por qué aceptaste estar junto a mí toda la vida y no lo olvides; aunque duela y no me resigne ni lo acepte, porque te buscaré, te pido que vengas mañana sólo si sientes que me has perdonado. Te amo.

—Maldito seas, Héctor —susurro entre lágrimas, apretando la hoja contra mi pecho y escuchando a mi corazón, recordando su última petición antes de tomar una decisión—. Yo también a ti...

10. Momentos que no volverán

Poco tiempo después de empezar con la relación, me llevó a Miami a conocer a sus padres. En la cena no sólo estaban ellos, sino también Alexander y Silvia, que acababan de tener su gran reconciliación y todos apostábamos a que sería la definitiva. Las miradas sobre nosotros recaían con frecuencia, aunque intentábamos ignorarlas.

—¿Estás bien, nena? —me susurró él.

—Sí...

—Te quiero —confesó, y me acarició la mejilla—. ¿Y tú a mí?

—Siempre.

Había estado unos días bastante raro y ese ambiente no ayudaba. Parecía sentirse culpable, pero ¿por qué? Ya estábamos juntos y el resto no importaba.

—¿Te apetece algo más? —insistió.

—No, tranquilo... Voy al baño —me disculpé ante los presentes. Silvia se incorporó al mismo tiempo que yo—. En seguida vuelvo.

—Voy contigo —dijo la morena, acompañándome—. ¿Adónde vas?

—Chis.

Me detuve detrás de la puerta y la obligué a que escucháramos lo que tendría que decir la familia Muñoz. Me preocupaba que no apoyaran lo nuestro, aunque en esos momentos era tan feliz con él que no me importaba enfrentarme al mundo entero por nuestro amor.

—Parece buena chica —comentó su madre. Silvia me sonrió—. Cuídala y si no sabes hacerlo... Ya te conocemos, Héctor.

—Ella me ha hecho ver la vida de otra forma.

—Me gustaría creerte —añadió Álex, tensándonos a las dos—. Y no parece buena chica, lo es. Es responsable, con ganas de encontrar a alguien que la valore de verdad. Héctor, si me pides mi opinión, debo decirte que no entiendo por qué la ilusionas así. ¿En qué puñetero mundo vives? A veces tengo la sensación de que el hermano mayor soy yo.

—Eh, ¿qué coño te pasa?

—Silvia la adora y ¿sabes por qué? —Ésta me tranquilizó, segura de lo que hacía su marido—. Porque es especial.

—Lo sé, me lo ha demostrado. Es única.

—Si sólo la quieres para un rato y la aprecias un poco, no juegues con ella. Si no vas a darle lo que merece, déjala.

—La haré feliz —prometió Héctor—. He aprendido de mis errores, que no son pocos y que me pesan como no imagináis. Pero la amo y haré todo lo posible por estar a la altura, a pesar de mi pasado.

—Démosle un voto de confianza —intervino su padre, que era el más paciente de todos—. Y al igual que la has traído aquí, ve a Murcia y conoce a su familia. Que sepan que está con un hombre de verdad.

Madre mía, ¡mis padres! ¿Cómo reaccionarían ellos?

Solían aprobar todas mis decisiones, eran muy permisivos e incluso poco sentimentales... a diferencia de mí. Lo que les hizo infelices fue el detonante para que se convirtieran en personas frías, pero conmigo consiguieron lo contrario: ablandarme ante sentimientos verdaderos.

Sacándome de mis pensamientos, Silvia me abrazó, recordándome que había superado la prueba, aunque al parecer esa sensación fue sólo nuestra. Héctor escondía mucho dentro y ya en Madrid, semanas después, lo exteriorizó cuando menos lo esperaba.

Estaba encerrada entre las cuatro paredes de mi modesta oficina. La noche anterior no había pegado ojo, pues mi jefe se comportaba con demasiada autoridad y las cosas allí hacía tiempo que no iban bien.

Me levanté con la intención de mandar un fax, me planché con las manos la chaqueta azul marino que llevaba puesta y, cuando me hallaba de espaldas, en la fotocopidora, la puerta se abrió de golpe.

Me giré sobresaltada y allí lo descubrí, sorprendiéndome.

Me pareció que estaba agitado, inquieto, preocupado.

—¿Qué haces aquí? —Corrí en su busca—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¿Por qué nadie me cree capaz de hacerte feliz?

—¿D-de qué hablas?

—Mis padres, mi hermano, tus amigas, tu familia. ¿Por qué anoche hablaste en sueños y expresaste estas mismas dudas haciéndome sentir algo que nunca he sentido?

—¿E-el qué?

—Un profundo miedo a perderte.

Me pareció tan tierno, pese a la dureza de sus facciones, que me arrojé a sus brazos; allí, donde me acurrucaba la mayoría de las noches y donde mi único deseo era no despertar jamás de aquello tan especial que me regalaba. Sí. Vivía un cuento de hadas.

—¿Eres feliz conmigo? —reclamó, y me obligó a mirarlo—. ¿Confías lo suficiente en mí como para saber que soy el hombre de tu vida?

No supe si reír o llorar. La emoción me embargó ante su desesperación. Por un segundo dudé sobre si los demás tenían razón... pero entonces lo miré a los ojos una vez más y me vi reflejada en ellos, descubriendo lo plena que me hacía sentir pese a los miedos, lo mucho que lo amaba y todo lo que sería capaz de hacer por él.

Había caído en sus redes y no me arrepentía, lo hubiera hecho una y mil veces, rindiéndome como me rendiría allí, en mi oficina, una que dejaría por Héctor Muñoz, con quien iniciaría una nueva etapa.

—Confío tanto que aceptaré tu propuesta, la prueba de amor, ¿recuerdas? —Sonreí y gemí al sentir cómo rodeaba mi cintura con posesión—. Me incorporaré a la revista, dejaré esto para estar contigo y que trabajemos codo con codo, para que nos complementemos en el trabajo con la misma facilidad con que lo hacemos en nuestra relación. No sé si alguna vez lo has entendido, Héctor Muñoz, pero, desde que me tocaste por primera vez, lo quiero todo de ti.

—¿Estás segura? —Asentí, friccionando su nariz contra la mía—. ¿Todo?

—Todo.

—Carolina Sanz, ¿qué me has hecho?

Reí contenta, aceptando su boca con la misma necesidad que él, con agonía, hasta que me soltó y se arrodilló.

Estaba pálido y yo rompí a temblar.

Sacó una pequeña cajita plateada, como la de las películas que veíamos a menudo juntos a pesar de sus quejas, y me mostró un deslumbrante anillo. Creí desfallecer disfrutando de ese precioso momento que, como muchos otros, no volverían... pero que recordaría el resto de mis días.

—¿Quieres casarte conmigo, nena?

—H-Héctor...

Llorando, me postré de rodillas en el suelo y lo besé muriendo de amor. No había nadie más feliz que yo en la faz de la tierra. Héctor había dado sentido a mi vida, haciéndome protagonista de un sueño del que no quería despertar. Y confiaba tanto en él que creí que no despertaría jamás.

Aunque, contradictoriamente, y en el fondo de mí, supe que algo sucedía, pero no quería verlo; cuando eres feliz intentas obviar la realidad y eso fue lo que hice. A veces las cosas son mucho más simples, pese al daño que sentimos en el momento... Los humanos cometemos errores y supe que algún día, contra mis propios principios, pasaría por alto aquello que escondían sus ojos. La historia no tenía por qué repetirse. La primera vez no estábamos juntos, aunque duela igual. La segunda no estaba consciente o no lo habría hecho. ¿Tengo la certeza de que es así? Sí tratándose del Héctor que conozco.

¿Quién no se ha equivocado alguna vez y se ha arrepentido?

No es necesario condenarlo de por vida, no si el despecho o la decepción habla por mí en vez de mi corazón... por el que me dejaré llevar para no perder eso por lo que tanto habíamos luchado: el amor correspondido, el verdadero amor.

11. En la piel de Héctor Muñoz

La corbata me molesta cada vez más, apenas puedo respirar mirando hacia la puerta de la iglesia. Ya han pasado quince minutos desde que Carolina tendría que haber llegado, pero nada nos hace pensar que lo hará. No hay rastro de ella, y sus amigas y damas de honor, Silvia y Marta, no responden a las llamadas de Nacho y Álex.

Éstos se encuentran a mi lado, junto a mi madre, que espera con inquietud sin entender qué está sucediendo ni el porqué de tanto silencio, como los más de dos cientos invitados.

—No va a venir —mascullo sin voz—. Lo tenía todo y ahora...

—Pues lucha por ella a pesar de su negativa, te quiere —me recuerda mi hermano, colocándose enfrente y sosteniéndome por los hombros—. Te mereces un susto por capullo. Sé que te has comportado correctamente desde entonces y que ese encuentro fue causado por algo que te echaron en la bebida y ni siquiera sabemos qué sucedió después, pero debes tener cuidado. Ya sabes cómo es este mundo. De haber sido sincero y habérselo confesado desde el principio, no te verías así.

—Tenía miedo, Álex, mucho.

—Y ha sucedido igual —intenta hacerme razonar—. Las promesas están para cumplirlas y el primer error, aunque no tuvierais una relación, se produjo cuando ya quedabais, os ibais a cenar, dormíais juntos. Respeto, Héctor.

—Es lo que he hecho después y espero que me sirva de algo...

—Bien, relájate y estate quiero. Esperemos cinco minutos más y, si no aparece, iremos a su casa. Allí deben de estar todas. Echo de menos a Silvia y a Alexia. —Agitado, se vuelve hacia Nacho y le pregunta—: ¿Y tú por qué estás tan callado? Pareces ausente.

—Marta no se encontraba muy bien anoche y no la veo desde entonces — responde, formando un corro con nosotros—. Supongo que será normal, pero no puedo evitar estar pendiente de ella y no llevo demasiado bien eso de no tener

noticias tuyas... Siento unas intensas ganas de protegerla, como nunca antes. Admiro su valentía en esta nueva etapa y la amo más cada segundo al saber que lleva dentro, aunque sea pronto, el fruto de nuestro amor.

Carraspeo y me aflojo un poco el nudo de la corbata. Escucharlos me recuerda todas esas emociones que quiero experimentar junto a Carolina. Iniciar una vida en común, volverme loco cuando me diga que vamos a ser padres, mimarla cada día por elegir que yo sea su otra mitad en cada nueva aventura en la que nos embarquemos.

No soporto la idea de pensar que no será así. La presión en mi pecho aumenta y empiezo a verlo todo borroso, aunque no permito que las lágrimas afloren. No me resigno a perder a la mujer de mi vida.

No sé vivir sin ella y el mero hecho de imaginarlo hace que mi mundo se rompa en pedazos y que no le encuentre sentido a nada.

—Eh —nos avisa mi madre—, ya vienen.

El corazón me da un vuelco y, como tres desesperados, Alexander, Nacho y yo miramos hacia la puerta. Marta, bastante pálida, le coloca la cola del vestido a Carol para que no se tropiece y Silvia, con mi sobrina en brazos, le limpia una lágrima.

Todas van de rosa palo, excepto ella. La mujer vestida de novia más bonita que jamás haya visto. Cuando empieza a caminar del brazo de su padre, vuelvo a respirar sin poder contener la emoción al tener la certeza de que está a punto de entregarse a mí.

Ella sonríe, aunque sonrojada como de costumbre al sentirse el centro de atención. El camino se me hace eterno...

—¿Cómo hacéis para no tener miedo de no estar a la altura? —les pregunto con voz quebrada a Álex y Nacho, que sonríen también.

—Yo sigo teniéndolo —confiesa éste mirando el vientre de Marta.

—Creo que nunca dejaremos de tenerlo —murmura Álex, yendo en busca de su pequeña, pero antes, guiñándome un ojo, añade—: No si amas a alguien como nosotros a ellas.

Nacho se echa a un lado esperando a la pelirroja y yo fijo mis ojos en Carolina, que finalmente llega a mí, pero no me mira.

Alzo la mano en su dirección suplicando que no se esté arrepintiendo y me abandone en cuestión de segundos.

Ella la acepta dedicándole una sonrisa a su padre. Entonces, apunta su mirada clara y serena hacia mí y me acaricia la mejilla, a lo que yo respondo con

un gruñido lastimero, provocado por ese temor a que esto no acabe como deseamos.

—Te prometo que no te arrepentirás de darme esta oportunidad —le susurro al oído. Ella se encoje y suelta una carcajada que me llega al alma. Parece feliz y mi pecho se hincha de amor—. ¿Qué?

—Te amo, pese a todo siento que confío plenamente en ti y nada puede cambiarlo, pero si...

—Chis, no digas más. Quédate a mi lado y déjame demostrártelo.

Ella asiente convencida, con expresión radiante. No tiene dudas y las mías se evaporan ante su seguridad. Y, aunque no debo, cuando damos un paso al frente para pronunciar los votos, beso su mejilla.

—Héctor —me regaña risueña.

La sala rompe el silencio con carcajadas tras la tensión y ambos recorremos con la mirada la primera fila de invitados. Silvia y Marta lloran agarradas con fuerza a las manos de Alexander y Nacho.

Luego, nos observamos, orgullosos de la familia que hemos formado entre todos. Carol es quien se me acerca esta vez, cómplice, cariñosa. ¿Qué la habrá hecho decidir estar aquí y aceptarme a pesar de haberle fallado? Y como siempre, me sorprende, leyéndome el pensamiento y abriendo su corazón sin miedo alguno al asegurar:

—Quiero que me hagas sentir tan plena como hasta ayer y que dejemos ese día en el olvido. No voy a anteponer algo que nunca debió suceder a nuestra felicidad —susurra con evidente emoción, entrelazando nuestros dedos—. Sé que he de arriesgarme, intentarlo. También sé que eres todo lo que quiero y necesito.

—Y prometo seguir siéndolo siempre. Te amo tanto, nena...

—Y yo a ti, cariño.

Miramos al frente, dispuestos a unirnos ante los ojos de todos. Cuando llega la hora de pronunciar los votos, apenas nos sale la voz.

—Sí, quiero —susurro, colocándole la alianza entre temblores.

—Sí... —Hace una pausa, sonriendo y agarrotándose por ese silencio, aunque, emocionada, añade—: Sí, quiero.

No me contengo más y mezclo los dedos entre los tirabuzones que hoy lleva en el cabello, besándola con más amor del que jamás le haya demostrado. Sus labios se amoldan a los míos con esa sensibilidad que no la abandona y entonces sé que me ha perdonado, que será para siempre.

Nuestras lágrimas de felicidad se disipan en la boca del otro.

—Gracias por elegirme —musito, sin renunciar a sus labios.

—Juntos somos la mejor versión del otro —me recuerda entre caricias—.

Éste es el cuento de hadas que quiero, no lo olvides.

—Jamás. Una historia real... intensa, sincera, eterna.

La rodeo por la cintura y la ciño a mí todo cuanto puedo.

Entonces sentimos que más brazos nos rodean. Mi mujer grita sorprendida ante la lluvia de pétalos de rosa que caen sobre nosotros y sobre las parejas que han hecho posible que Carolina Sanz se haya convertido en mi única prioridad, en mi esposa. Hoy, un 25 de septiembre que nunca olvidaremos, pues hemos sellado para siempre nuestro imparable y ahora infinito amor, cerrando una historia en la que frases como «dímelo en silencio», «susúrramelo al oído» o «confiésamelo sin palabras» han marcado nuestros destinos.

Epílogo

Que nerviosa estoy, no sé cómo voy a decírselo. Miro hacia atrás, donde están todos reunidos con motivo de nuestro segundo aniversario de casados. Héctor capta en seguida mi gesto y me observa de reojo, dedicándome una preciosa sonrisa.

¿Puede estar más guapo? Por otro lado, la escena no tiene desperdicio. Está jugando a las muñecas con la pequeña Alexia, que se siente la reina de la fiesta rodeada, aparte de por su tío, por Alexander, que la observa embobado, y por Nacho, que junto a ellos mece en brazos a Carla, la benjamina de la familia, para que concilie el sueño.

Nunca pensé que, además de superar nuestros problemas, los olvidaríamos de verdad y conseguiríamos dejarlos atrás. No puedo ser más feliz con él. Ha luchado por demostrarme que hacerme daño le dolió tanto como a mí y que me quiere cuidar, mimar y amar justo como prometió. Me hace sentir segura de nosotros, plena. Y en reuniones como hoy todo se multiplica... Mis amigas están aquí, no en Ibiza, Miami o Brasil. Han apartado sus compromisos para acompañarnos, otra costumbre que no cambia de las mosqueteras.

—¿Cuándo se lo vas a contar? —me presiona Silvia. Estamos en la piscina, sumergidas hasta el cuello y disfrutando de las vistas—. Después de dos años esperando este momento, Héctor alucinará.

—Es la mejor sensación del mundo —comenta Marta, que se encuentra sentada al borde de la piscina y con los pies en remojo—. Echo de menos las cosquillitas en la barriga y nos estamos planteando darle un hermanito a Carlita.

—La que no quería niños —me burlo de la pelirroja.

—¡Madre mía!, si ni yo misma me reconozco... aunque quiero esperar un poco más para no volver de nuevo loco a Nacho con las hormonas.

Las tres soltamos una carcajada y ellos en seguida vuelven la cabeza hacia nosotras, lo que nos produce más diversión.

—¿Qué pasa? —nos pregunta Álex—. Silvia, no seas traviesa.

—Tranquilo, nene, esta vez no va conmigo. —Le guiña un ojo y le lanza un beso—. Más tarde lo hablamos...

—Suenan bien —le responde él tapándole los oídos a Alexia como si pudiera entenderlos—. Lo esperaré ansioso.

—Y yo...

—Qué empalagosos —protesta Marta, acudiendo hacia Nacho—. Oh, pero si se ha dormido. Es preciosa, ¿verdad?

—Igualita a ti —le responde él ofreciéndole un hueco a su lado—. Pelirroja, con carácter e indomable. ¿Puedo pedir más?

—Somos afortunadas —confiesa ella, y lo besa.

—Yo más.

No puedo dejar de contemplarlos, proyectando ya otras escenas que en pocos meses viviremos. Pensaba que mi emoción estaba al límite, pero que suene de fondo la misma canción de Avril Lavigne con la que Héctor y yo nos conocimos me pone más sensible, ¡creía que no era posible! Cuántos recuerdos...

—Eh, Carol —llama Silvia mi atención—, te dejo sola, que Héctor viene hacia aquí. Ahí tienes la oportunidad. Felicidades de nuevo.

—Gracias, Silvia. Te quiero.

—Y yo a ti... bueno, a vosotros.

La morena sale de la piscina y echa a correr para sorprender a Alexia, luego se tira en el césped, propiciando las tiernas carcajadas de la pequeña, a lo que su marido aprovecha para sacar el móvil e inmortalizar el momento con una foto de ambas.

—¿Tienes frío? —Miro la escalerilla, donde Héctor está formulándome la pregunta mientras entra—. Tienes la piel de gallina.

—Me emociona saber que Silvia y Marta son tan felices.

—¿Y tú?

—¿Lo preguntas? Ya lo sabes, eres el culpable.

Lo abrazo y enrolla las piernas en su cintura en cuanto llega a mí. Me atrae hacia él a la vez que me besa con esa pasión que me desgarran.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que esperarías con paciencia a que estuviera preparada para ser madre? —Héctor asiente con la cabeza, acariciándome la espalda—. Pues tengo algo que...

—¿Ha llegado el momento? —Traga, mirándome a los ojos—. Cariño, no juegues con esto, por favor.

—Hace dos meses que dejé la píldora...

—¿Y?

Me bajo de su cintura y agacho la cabeza, pero, como el agua no me permite mostrarle el gesto, cojo sus manos y las poso en mi vientre. Lo noto temblar, buscar desesperadamente mi mirada.

—¿E-estás embarazada?

—S-sí... esta mañana me confirmaron los resultados. —Su silencio me hace dudar. Me asusta. Incluso palidece—. Cariño, ¿estás bien?

—¿Y tú? —susurra, moviendo despacio los dedos contra mi vientre plano aún, como si pudiera lastimarme con un simple roce—. Nena...

—Vamos a ser padres, cariño, y no me he encontrado mejor en mi vida. —Uno mis manos a las suyas y confieso—: No puedo amarte más, Héctor. Has cumplido cada uno de mis sueños.

—Porque tú te convertiste en el mío y mi prioridad es hacerte feliz; te lo prometí, ¿recuerdas? —musita sin apenas voz—. No me lo creo.

—Ni yo. Pronto nos veremos así —le digo señalando a mis amigas—. Y apuesto a que será niña también, nos gusta volveros locos.

—Y no sabes de qué manera lo hacéis.

Aplasta su boca contra la mía, aunque con sumo cuidado, y me abraza al tiempo que pronuncia contra mis labios:

—Te amo tanto, nena, que sentirlo duele incluso más que antes. No sé cómo expresar este sentimiento tan grande al saber que algo tan nuestro crece dentro de ti. Dime, cómo lo hago, porque no sé.

—Con besos, miradas, caricias. Confiésamelo sin palabras.

Enamórate de las tres historias que componen la serie:

Dímelo en silencio

Susúrramelo al oído

Confiésamelo sin palabras

Descubre más de Patricia Geller en www.patricia-geller.es.

Síguela en las redes sociales:

https://twitter.com/Patricia_Geller

<https://www.facebook.com/PatriciaGellerAutora>

<https://www.instagram.com/patriciageller/>

Biografía



Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras. La trilogía «La chica de servicio» fue su primera novela, a la que siguieron *Culpable*, *No me prives de tu piel* y la bilogía «En plena confusión». En la actualidad ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales.

Encontrarás más información de la autora y su obra en

www.facebook.com/patricia.gr.980
librolachicadelservicio.blogspot.com.es/

Confíesamelo sin palabras
Patricia Geller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Arthur Studio 10 / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patricia Geller, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-08-18124-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L.,
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

